# ΣΟΦÍΑ

## Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD




# EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

(Continuación).

TALES son las razones que justifican la necesidad de un aspecto oculto en todas las religiones. Cuando de la teoría se pasa á los hechos, ocurre naturalmente preguntar: ¿Ha existido este aspecto oculto en el pasado, formando parte de las religiones del mundo? La contestación debe darse inmediatamente y sin vacilar, en sentido afirmativo; toda gran religión ha tenido una doctrina secreta, declarándose el depósito del conocimiento místico teórico y del conocimiento místico práctico ú oculto. La explicación mística de la enseñanza popular era pública, y se presentaba en alegorías, dando un significado aceptable á las toscas narraciones y á las pueriles y poco racionales historias. Tras del misticismo teórico, como igualmente tras del misticismo popular, existía el misticismo práctico: una enseñanza espiritual oculta, la cual se comunicaba solamente bajo condiciones definidas, condiciones conocidas y públicas, que cada candidato tenía que cumplir. San Clemente de Alejandría menciona esta división de los Misterios. Después de la purificación—dice—«vienen los Misterios Menores, en los cuales hay algún fundamento de instrucción y de preparación que sirven de preliminar para lo que ha de venir después: los Grandes Misterios, en los cuales nada se deja de enseñar

acerca del universo, quedando sólo el contemplar y comprender la naturaleza de las cosas» (1).

Imposible es disputar esta actitud á las antiguas religiones. Los Misterios de Egipto fueron la gloria de aquel país, adonde se dirigían los hijos más esclarecidos de Grecia, tales como Platón, para ser iniciados en Sais y en Tebas por los Maestros de Sabiduría. Los Misterios de Mithras en Persia, los Misterios de Orfeo y de Baco, los Misterios Menores de Eleusis, y los de Samotracia, de Escitia, y de Caldea, son conocidos y aun familiares, al menos en el nombre. El valor de los Misterios Eleusinos, á pesar de su extrema atenuación, fué grandemente alabado por los hombres más eminentes de Grecia, tales como Píndaro, Sófocles, Isócrates, Plutarco y Platón. Se les consideraba especialmente útiles con relación á la existencia *post mortem*, porque el iniciado aprendía lo que aseguraba su dicha futura. Sopater alegaba además, que la iniciación establecía un parentesco entre el alma y la Naturaleza divina; y en el himno exotérico á Demetrio se hacen encubiertas referencias al santo niño Jacco y á su muerte y resurrección, según se las consideraba en los Misterios (2).

De Jámblico, el gran teurgista de los siglos III y IV de nuestra Era, puede aprenderse mucho acerca del objeto de los Misterios. La Teurgia era magia, «la última parte de la ciencia sacerdotal» (3), y se practicaba en los Grandes Misterios para evocar la aparición de seres superiores. La teoría en que se fundaban estos Misterios, puede exponerse en breves palabras. Existe Uno, anterior á todos los seres, inmutable, que mora en la soledad de su propia unidad. De Aquello arranca el Dios Supremo, el Engendrado por Sí Mismo, el Bien, el Origen de todas las cosas, la Raíz, el Dios de Dioses, la Causa Primera, que se desenvuelve en Luz (4). De Él surge el Mundo Inteligente ó universo ideal, á que pertenecen la Mente Universal, el *Nous*, y los Dioses incorpóreos é intelectuales. De él procede el Alma del Mundo, á la cual corresponden las «formas divinas intelectuales que están presentes en los cuerpos visibles de los Dioses» (5). Luego siguen varias jerarquías de seres sobrehumanos: Arcángeles, Archones (Gobernantes) ó Cosmocratores, Angeles, Demonios, etc. El hombre es un ser de un orden inferior, cuya naturaleza está relacionada con aquéllos, á los cuales es capaz de conocer; este conocimiento se adquiría en los Misterios y conducía á la unión con Dios (6).

---

(1) Biblioteca Ante-Nicena, vol. XII. Clemente de Alejandría, *Stromata*, lib. V, capítulo XI.

(2) Véase el artículo sobre «Los Misterios», *Encicl. Británica*, novena edición.

(3) Psello, citado en *Jámblico sobre los Misterios*. T. Taylor, pág. 343, nota de la página 23, segunda edición.

(4) *Jámblico*, como *ante*, pág. 301.

(5) *Ibid*, pág. 72.

(6) El artículo sobre «Misticismo» de la *Enciclopedia Británica*, contiene lo siguiente sobre la enseñanza de Plotino (204-206 de la Era cristiana): «El Uno (el Dios Supremo antes mencionado) se eleva por encima del *nous* y de las «ideas»; transciende por com-

Estas doctrinas se explicaban así en los Misterios: «la emanación de todas las cosas del Uno, su vuelta hacia el Mismo, y la completa dominación de Él» (1). Además, aquellos Seres eran evocados y aparecían algunas veces para enseñar, otras para elevar y purificar con Su mera presencia. «Los Dioses — dice Jámblico — benévolos y propicios, comunican su luz á los teurgistas con profusión no envidiada, atrayendo sus almas, procurando unirlos á sí y acostumbrándoles, aun viviendo en el cuerpo, á separarse de él y á dirigirse hacia su eterno principio inteligente» (2). Porque «teniendo el alma una vida doble, la una en unión con el cuerpo y la otra separada de él» (3) es de todo punto necesario conocer el modo de separarla, á fin de que así pueda unirse con los Dioses por medio de su parte intelectual y divina, y aprender los genuínos principios del conocimiento y las verdades del mundo de la inteligencia (4). «La presencia de los Dioses nos comunica, realmente, la salud del cuerpo, la virtud del alma, la pureza de la inteligencia, y en una palabra, eleva todo nuestro ser á su naruraleza propia. Exhibe lo que no es cuerpo como cuerpo á los ojos del alma, por medio de los del cuerpo» (5). Cuando aparecen los Dioses el alma obtiene «la libertad de las pasiones, una perfección transcendental, y una energía más excelente en todos conceptos, participando del amor divino y de una alegoría inmensa» (6). De este modo alcanzamos una vida divina y nos hacemos divinos en realidad (7).

El punto culminante de los Misterios era la conversión del Iniciado en un Dios, ya fuese por la unión con un Ser divino fuera de él, ya por la rea-

---

pleto la existencia y no es asequible á la razón. Permanece en reposo y lanza, por decirlo así, rayos de su propia plenitud, una imagen de sí mismo, que es llamada *nous*, que constituye el sistema de ideas del mundo intelectual. El alma es á su vez la imagen ó producto del *nous*, y el alma con su movimiento engendra materia corporal. El alma, de esta suerte, hace frente á dos direcciones: al *nous*, del cual nace, y á la vida material, que es su propia producción. El empeño ético consiste en repudiar lo sensible; la existencia material misma es separación de Dios. . . Para alcanzar la meta última hay que dejar atrás al pensamiento mismo, pues el pensamiento es una forma de movimiento, y el deseo del alma es el reposo propio del Uno. La unión con la divinidad transcendente no depende tanto del conocimiento ó visión como del éxtasis, unión, *contacto*.» El neoplatonismo es, pues, «en primer término, un sistema de completo racionalismo; se presupone, en otras palabras, que la razón es capaz de trazar todo el sistema de las cosas. Pero desde el momento en que se afirma que Dios está por encima de la razón, el misticismo se convierte, en cierto sentido, en el complemento necesario del racionalismo que pretende abarcarlo todo. Este sistema alcanza su apogeo en un acto místico.»

(1) *Jámblico* según *ante*, pág 73.
(2) *Ibid*, págs. 55 y 56.
(3) *Ibid*, págs. 118 y 119.
(4) *Ibid*, págs. 118 y 119.
(5) *Ibid*, págs. 95 y 100.
(6) *Ibid*, pág. 101.
(7) *Ibid*, pág. 330.

lización del Yo divino en él. Esto se llamaba éxtasis, estado al cual el Yogî indio llamaría Samâdhi elevado, para lo cual ha de hallarse el cuerpo grosero en estado de *trance*, efectuando entonces el alma libertada su unión con el Gran Ser. El «éxtasis no es una facultad, sino un estado del alma, en el cual se transforma de tal modo, que percibe lo que antes estaba oculto para ella. Tal estado no será permanente hasta que nuestra unión con Dios sea irrevocable; aquí, en la vida terrestre, el éxtasis no es más que un relámpago... El hombre puede dejar de ser hombre y convertirse en Dios; pero no puede ser Dios y hombre al mismo tiempo» (1). Plotino declara que había alcanzado este estado «pero sólo tres veces por entonces.»

Proclo enseñaba también que la única salvación del alma era volver á su forma intelectual, con lo que escapa del «círculo de generación y del mucho vagar», y alcanza el verdadero Ser: «la energía simple y uniforme del período de identidad, en vez del período de excesivo y vago movimiento que se caracteriza por la diferencia.» Esta es la vida que buscaban los iniciados por Orfeo en los Misterios de Baco y Proserpina, y este es el resultado de la práctica de las virtudes purificativas ó catárticas (2).

Tales virtudes eran necesarias para los Misterios Mayores, porque se referían á la purificación del cuerpo sutil, en el que actuaba el alma cuando se hallaba fuera del cuerpo grosero. Las virtudes políticas ó prácticas pertenecían á la vida ordinaria del hombre, y hasta cierto punto se exigían antes que pudiera ser candidato para una Escuela como la que se ha descrito. Luego venían las virtudes catárticas, por cuyo medio el cuerpo sutil, el de las emociones y de la mente inferior, era purificado; en tercer lugar, lo intelectual, perteneciente al Augöeides, ó la forma de luz del intelecto; después lo contemplativo ó pradagmático, por medio de lo cual se realizaba la unión con Dios. Porfirio escribe: «Aquel que actúa con arreglo á las virtudes prácticas, es un hombre digno; pero aquel que actúa con arreglo á las virtudes purificadoras, es un hombre angélico ó también un buen demonio. Aquel que actúa con arreglo á las virtudes intelectuales tan sólo, es un Dios; pero aquel que actúa con arreglo á las virtudes pradagmáticas es el Padre de los Dioses» (3).

Dábase también mucha instrucción en los Misterios por medio de las jerarquías de arcángeles y otras; y Pitágoras, el gran instructor, que fué iniciado en la India, y que dió «el conocimiento de las cosas que son» á sus discípulos juramentados, se dice que poseía tal conocimiento de la música, que la podía emplear para el dominio de las pasiones más salvajes del hombre, y para el esclarecimiento de sus mentes. De esto presenta Jámblico ejemplos en su *Vida de Pitágoras*. Parece probable que el título de Theodidaktos dado á Amonio Saccas, el maestro de Plotino, se refería menos á la

(1) G. R. S. Mead, *Plotino*, pág. 42.
(2) *Jámblico*, pág. 304, nota de la pág. 134.
(3) G. R. S. Mead. *Orpheus*, págs. 285 y 286.

sublimidad de sus enseñanzas que á la instrucción divina que recibió en los Misterios.

Algunos de los símbolos que se usaban son explicados por Jámblico (1), el cual recomienda á Porfirio que aparte de su pensamiento la imagen de la cosa simbolizada y procure alcanzar su significado intelectual. Así, «cieno» significaba todo lo que era corporal y material; el «Dios sentado sobre el loto» significaba que Dios trascendía el cieno y el intelecto simbolizado por el loto, y estando sentado, se hallaba establecido en Sí Mismo. Si se le presentaba «navegando en un barco» implicaba Su gobierno sobre el mundo, y así sucesivamente (2). Respecto de este uso de símbolos, Proclo observa que «el método de Orfeo tenia por objeto revelar cosas divinas por medio de símbolos, método común á todos los escritores de cosas divinas» (3).

La Escuela pitagórica en la Gran Grecia, fué cerrada hacia el final del siglo VI antes de Cristo, debido á la persecución del poder civil, pero existían otras comunidades que conservaban la tradición sagrada (4). Mead declara que Platón la acomodó á la inteligencia, á fin de ponerla á cubierto de una profanación mayor, y que los ritos eleusinos conservaron algunas de sus formas, aunque habiendo perdido su substancia. Los neo-platónicos fueron los herederos de Pitágoras y de Platón, y sus obras deben ser estudiadas por todos los que quieran comprender algo de la grandeza y hermosura guardada en los Misterios para el mundo.

La misma Escuela pitagórica puede servir como tipo de la disciplina que se imponía. Sobre este punto da Mead muchos pormenores interesantes (5) y observa que: «Los autores de la antigüedad están de acuerdo en que esta disciplina había logrado producir los más altos ejemplares, no sólo de castidad y purísimos sentimientos, sino también de una sencillez de maneras, de una delicadeza y de una afición á propósitos serios que nadie ha igualado jamás. Esto es admitido hasta por los escritores cristianos.» Los discípulos de la escuela externa hacían vida común de familia, y á ellos se refiere la cita anterior. En la escuela interna había tres grados: el primero, de oyentes, que estudiaban durante dos años en silencio, haciendo cuanto podían para profundizar la enseñanza; el segundo, de matemáticos, que aprendían geometría y música, y la naturaleza del número, de la forma, del color y del sonido; el tercer grado era de físicos, á quienes se enseñaba la cosmogonía y la metafísica. De aquí se pasaba á los verdaderos Misterios. Los que aspiraban á ingresar en la escuela, debían tener «reputación intachable y ánimo contento.»

La gran identidad entre los métodos y los objetivos perseguidos en estos

---

(1) *Jámblico*, pág. 364, nota de la pág. 134.

(2) *Ibid*, pág. 285 y siguientes.

(3) G. R. S. Mead, *Orpheus*, pág. 59.

(4) *Ibid*, pág. 30.

(5) *Ibid*, págs. 263, 271.

diversos Misterios y los de Yoga en la India, es cosa patente para el observador más superficial. No debe suponerse por esto que las naciones de la antigüedad obtuviesen sus conocimientos de la India; todas los adquirían por igual de la fuente única, la Gran Logia del Asia Central, la cual enviaba sus Iniciados á las diferentes naciones. Todos ellos enseñaban la misma doctrina, y seguían sistemas idénticos, conducentes á los mismos fines. Pero existían frecuentes comunicaciones entre los iniciados de los diversos países, y un lenguaje y un simbolismo comunes. Así Pitágoras vivió entre los indios, recibiendo una elevada iniciación; y más tarde siguió sus pasos Apolonio de Tiana. También fueron completamente indias, así en la forma como en el fondo, las últimas palabras de Plotino: «Ahora procuro retrotraer mi Yo interno al Yo Todo» (1).

Entre los hindos se mantenía con todo rigor el deber de enseñar el conocimiento supremo sólo á los dignos. «El misterio más profundo del fin del conocimiento... no es comunicable sino á un hijo ó á un discípulo, cuya mente esté tranquila» (2). También, después de un bosquejo del Yoga, leemos: «¡Levantaos! ¡Despertad! ¡Habiendo encontrado á los Grandes, oid! Es tan difícil andar por la senda como por el cortante filo de una navaja. Así dicen los sabios» (3). El Instructor es necesario, porque la sola enseñanza escrita no basta. El «fin del conocimiento» es conocer á Dios — no es sólo el creer en Él, sino convertirse en uno con Él — no es sólo adorarlo desde lejos. El hombre debe comprender la realidad de la Existencia divina, y después conocer — no ya creer vagamente y esperar — que su propio Yo más íntimo es uno con Dios, y que el objeto de la vida es realizar esta unidad. La religión debe guiar al hombre á esa realización; de lo contrario, valdría tanto «como hacer sonar bronces ó címbalos» (4).

Así también se aseguraba que el hombre debía aprender á abandonar el cuerpo grosero: «Separe el hombre su alma de su propio cuerpo con firmeza, como un tallo de hierba de su vaina» (5). ¡Y se escribió!: «En la áurea y más elevada envoltura mora el inmaculado é inmutable Brahman; Él es la radiante y blanca Luz de luces, conocida de los que conocen el Yo» (6). «Cuando el vidente mira al Creador de color de oro, al Señor, al Espíritu, cuya matriz es Brahman, entonces, habiendo desechado el mérito y el demérito, alcanza, inmaculado y sabio, la unión más alta» (7).

Tampoco los hebreos carecían de conocimientos secretos y de Escuelas

(1) G. R. Mead, *Plotinus*, pág. 20.
(2) *Shvetâshvataropanishat*, VI, 22.
(3) *Kathopanishat*, III, 14.
(4) I Cor., XIII, I.
(5) *Kathopanishat*, VI, 17.
(6) *Mundakopanishat*, II, II, 9.
(7) *Ibid*, III, I, 3.

de Iniciación. La reunión de profetas en Najoth, presidida por Samuel (1), constituía una Escuela de éstas, y la enseñanza oral era transmitida entre ellos. Escuelas semejantes existían en Bethel y Jericó (2); y en la *Concordance* de Cruden (3) hay la interesante nota siguiente: «Las Escuelas ó Colegios de los profetas son las primeras (escuelas) de que se nos da noticia en la Escritura; donde los hijos de los profetas, esto es, sus discípulos, llevaban una vida, retirada y austera, de estudio y meditación, instruyéndose en la ley de Dios... A estas Escuelas ó Sociedades de los profetas sucedieron las Sinagogas.» La *Kabbala*, que contiene la enseñanza semipública, es, tal cual hoy se conoce, una compilación moderna, siendo parte de ella obra de Rabbi Moisés de León, que murió en 1305 de la Era Cristiana. Consta de cinco libros: Bahir, Zohar, Sepher Sephiroth, Sepher Yetzirah y Asch Metzareth; y se asegura que habían sido trasmitidos oralmente de tiempos muy antiguos — según se considera la antigüedad históricamente. El doctor Wynn Wescott dice que «la tradición hebrea asigna á las partes más antiguas del Zohar una fecha anterior á la construcción del segundo Templo»; y se dice que Rabbi Simeón ben Jochai, escribió algo de él en el primer siglo de nuestra Era. El Sepher Yetzirah es mencionado por Saadjah Gaon, que murió el año 940, como «muy antiguo» (4). Algunas porciones de la antigua enseñanza oral han sido incorporadas á la *Kabbala* tal como es ahora, pero la verdadera sabiduría arcaica de los hebreos permanece bajo la custodia de unos pocos de los verdaderos hijos de Israel.

Breve como es este bosquejo, es suficiente para demostrar la existencia de un aspecto oculto de las religiones del mundo, sin contar el Cristianismo; y ahora podemos examinar la cuestión de si el Cristianismo era ó no una excepción de esta regla universal.

## CAPÍTULO II

### El lado oculto del Cristianismo

#### (a) El testimonio de las Escrituras

Después de haber visto que las religiones del pasado proclaman á una tener un lado oculto ó ser guardianes de «Misterios», y que tal afirmación aparece certificada por los más grandes hombres, al buscar la iniciación, procede averiguar ahora si el Cristianismo se halla fuera de este concento de

---

(1) Sam., XIX, 20.
(2) II Reyes, II, 2, 5.
(3) Epígrafe «School».
(4) Dr. Wynn Westcott, *Sepher Yetzirah*, pág. 9.

religiones, y si es la única que no tiene una Gnosis, ofreciendo al mundo solo una creencia sencilla y no un conocimiento profundo. Si así fuese, sería, á la verdad, un hecho triste y lamentable, que probaría que el Cristianismo estaba destinado únicamente para una clase y no para todos los tipos de seres humanos. Pero que esto no es así, lo podemos demostrar fuera de toda posibilidad de duda racional.

De esta prueba tiene el Cristianismo grandísima necesidad en estos tiempos, porque la flor misma de la Cristiandad está pereciendo por falta de conocimiento. Si la enseñanza esotérica pudiera restablecerse y conquistar estudiantes pacientes y ardorosos, no tardaría mucho sin que lo oculto fuese también restaurado. Los discípulos de los Misterios Menores se convertirían en candidatos á los Mayores, y con la reaparición del conocimiento, se lograría otra vez la autoridad de la enseñanza. Y, verdaderamente, la necesidad es grande, pues contemplando el mundo que nos rodea, vemos que la religión en Occidente está sufriendo por la dificultad misma que teóricamente debía esperarse encontrar. Habiendo perdido el Cristianismo su enseñanza mística y esotérica, va viendo desaparecer su influencia sobre gran número de las personas más altamente educadas, coincidiendo la vivificación parcial de los últimos años, con la restauración de algunas enseñanzas místicas. Es cosa evidente para todo el que haya estudiado los últimos cuarenta años del siglo que ha terminado, que mucha gente moral y pensadora ha abandonado las iglesias, porque las enseñanzas que en ellas recibían, eran un ultraje para su inteligencia y pugnaban con su sentido moral. Es inútil suponer que el muy extendido agnosticismo de esta época tuviese sus raíces en la falta de moralidad ó en una deliberada perversión de la mente. Todo el que estudie con atención los fenómenos indicados, convendrá en que personas de gran inteligencia se han alejado del Cristianismo por la rudeza de las ideas religiosas que les eran expuestas, por las contradicciones entre las autoridades de la enseñanza, por los puntos de vista acerca de Dios, del hombre y del universo, que ningún entendimiento educado podía admitir. Ni es posible tampoco sostener que una degradación de cualquier clase que se suponga, fuese la causa fundamental de la rebelión contra los dogmas de la Iglesia. Los rebeldes no eran demasiado malos para su religión; al contrario, la religión era la que resultaba demasiado mala para ellos. La rebelión contra el Cristianismo popular era debida al despertamiento y desarrollo de la conciencia; la conciencia era la que se revolvía, así como la inteligencia, contra enseñanzas que deshonran á Dios y al hombre igualmente; que presentan á Dios como un tirano y al hombre como esencialmente malo, obteniendo la salvación por medio de una sumisión servil.

La razón de esta rebeldía se halla escondida en el gradual rebajamiento de las enseñanzas cristianas para llegar á la llamada sencillez, con objeto de que los más ignorantes pudieran comprenderlas. Los protestantes afirmaban muy alto que no debía predicarse más que aquello que pudiesen comprender todos; que la gloria del Evangelio estaba en su sencillez, y que el niño

y el ignorante debían ser capaces de comprenderlo y de aplicarlo á la vida.

Muy verdad, si con esto quería decirse que ciertas enseñanzas religiosas deben estar al alcance de todos, y que una religión fracasa, si deja fuera de la esfera de su ennoblecedora influencia á los seres ínfimos, á los más ignorantes, á los más torpes. Pero falso, completamente falso, si con esto se quiere significar que la religión no tiene verdades inaccesibles á la ignorancia, que es tan pobre y tan limitada que no tiene nada que enseñar que esté por encima de las mentes rudas ó de la estrechez de miras de la moralidad degradada. Falso, fatalmente falso, si tal es el sentido; pues á medida que esta opinión se extiende, ocupando los púlpitos y resonando en las iglesias, muchos seres nobles, cuyos corazones se han desgarrado al romper los lazos que les unían á su creencia primera, se retiran de los templos y dejan que su sitio sea ocupado por los hipócritas y los ignorantes. Pasan á un estado de agnosticismo pasivo, ó, si son jóvenes y entusiastas, de agresión activa, no creyendo que pueda ser lo más elevado, lo que así ofende al entendimiento y la conciencia; y prefiriendo la honradez de un descreimiento manifiesto á la mistificación de la inteligencia bajo la férula de una autoridad en que no reconocen nada de divino.

Al estudiar así el modo de pensar del tiempo presente, comprenderemos que la cuestión de una enseñanza oculta relacionada con el Cristianismo, es de vital importancia. ¿Ha de sobrevivir el Cristianismo como *la* religión de Occidente? ¿Deberá existir en los siglos futuros y continuar desempeñando su papel en la formación del pensamiento de las razas occidentales en evolución? Si es así, tiene que recobrar el conocimiento que ha perdido y poseer de nuevo sus enseñanzas místicas y ocultas; debe presentarse otra vez como un instructor competente de verdades espirituales, investido de la única autoridad que vale algo, la autoridad del conocimiento. Si estas enseñanzas vuelven á obtenerse, su influencia se verá pronto en manifestaciones más amplias y profundas de la verdad; los dogmas que ahora aparecen como cascarones vacíos, sirviendo sólo de grillos, volverán á ser presentaciones parciales de realidades fundamentales. En primer término, el Cristianismo Esotérico será restaurado en el «Lugar Santo» del Templo, en forma que todo el que sea capaz de recibirlo, pueda seguir la dirección de su pensamiento público; y en segundo término, el Cristianismo Oculto descenderá de nuevo al Adytum, residiendo detrás del Velo que encubre el «Santuario de los Santuarios», donde solo el Iniciado puede penetrar. Entonces volverá á estar la enseñanza oculta al alcance de los que sean calificados para recibirla conforme á las antiguas reglas, de los que en estos tiempos estén dispuestos á someterse á las exigencias impuestas en lo antiguo á los que deseaban conocer la realidad y verdad de las cosas espirituales.

Volvamos á la historia una vez más para ver si el Cristianismo era la única religión que no tenía enseñanza interna, ó si era igual á las demás por la posesión de este tesoro oculto. Esta es una cuestión de prueba, no de

teoría, y debe decidirse por la autoridad de los documentos existentes y no por el mero *ipse dixit* de los cristianos modernos.

Como hecho positivo tenemos que así el «Nuevo Testamento» como los escritos de la Iglesia primitiva, hacen idénticas declaraciones respecto á la posesión de tales enseñanzas, mostrándonos la realidad de la existencia de los Misterios—llamados los Misterios de Jesús ó los Misterios del Reino—, las condiciones que se imponían á los candidatos, algo acerca de la naturaleza general de las enseñanzas que se daban, y otros detalles. Ciertos pasajes del «Nuevo Testamento» permanecerían por completo oscuros, si no fuese por la luz que sobre ellos arrojan las declaraciones definidas de los Padres y Obispos de la Iglesia; pero con esa luz se hacen claros é inteligibles.

A la verdad, hubiera sido extraño que fuera de otro modo, si consideramos la estructura del pensamiento religioso que influyó sobre el Cristianismo primitivo. Emparentada con los hebreos, los persas y los griegos, matizada por las creencias aún más antiguas de la India, profundamente dotada de color por el pensamiento sirio y egipcio, esta última rama del gran brote religioso, no podía menos que volver á afirmar las antiguas tradiciones, y poner al alcance de las razas occidentales todo el tesoro de las enseñanzas arcaicas. «La fe, un tiempo dada á los santos», hubiese sido ciertamente privada de su principal valor, si al ser transmitida al Occidente, se hubiera reservado la perla de la enseñanza esotérica.

*(Se continuará).*



# CÓMO SE ESCRIBIÓ «ISIS SIN VELO»

(Continuación).

He leído mucho y he conocido algo acerca de esta cuestión de la personalidad múltiple del hombre, pero no recuerdo ningún caso en que la despertada personalidad latente, ó segunda personalidad, pudiera hacer citas de libros ó hablar lenguas, con las que el yo normal no hubiera tenido jamás ninguna clase de conexión. Conozco á un hombre de ciencia en Inglaterra que había olvidado por completo su lengua materna, por haber vivido fuera de su país desde la edad de once años, sin hablarla ni oirla hablar hasta los veintinueve años, en que empezó á aprenderla de nuevo con ayuda de la gramática y del diccionario; y sin embargo, mientras que de este modo luchaba con los rudimentos de la lengua, la hablaba correctamente en su sueño. Pero

en este caso sucedía sencillamente que el conocimiento se había sumido en la región de la conciencia «sub-liminal», ó sea la memoria latente. Y existe el caso conocido de la doncella ó cocinera iliterata, á quien se oyó recitar, en estado sonambúlico, frases y versos hebreos que—según se probó después—había oído declamar á su amo años antes. Pero ¿quién podrá probar que H. P. B. había estudiado alguna vez en su vida los autores citados en *Isis Sin Velo*? Si no los plagió conscientemente, ni nunca los leyó, ¿cómo pudieron venir á ella desde el punto de vista de la teoría, de que el libro fuese escrito por H. P. B. II ó por H. P. B. III? Mis lectores de los países occidentales habrán quizá conocido el caso único de Mad. B., una enferma histérica del profesor Janet, de la cual dió noticia con comentarios el profesor Richet, el eminente hipnotista. El caso está citado por Mr. Stead en sus «Relatos de Fantasmas reales», en el número de Diciembre de 1891 de la *Review of Reviews*. En este ejemplar, las dos personalidades, según se nos dice, «no sólo existen una al lado de otra, sino que, en el caso del yo subconsciente, coexisten con conocimiento, al paso que sobre, ó por debajo de ambas, hay una tercera personalidad que conoce á las otras dos, y que, aparentemente, es superior á ambas... Mad. B. puede ser dormida casi á cualquier distancia, y cuando está hipnotizada, cambia por completo de carácter. Hay en ella dos personalidades bien definidas, y una tercera, de naturaleza más misteriosa que cualquiera de las otras dos primeras. En el estado de vigilia normal, la mujer es llamada Leonia I, en el estado hipnótico Leonia II. La tercera personalidad inconsciente oculta, de las capas más profundas, es llamada Leonia III. Leonia I es una mujer seria, algún tanto melancólica, tranquila y lenta, muy dulce y excesivamente tímida. Leonia II es el extremo opuesto: alegre, ruidosa é intranquila hasta un grado insoportable: sigue siendo buena, pero ha adquirido una tendencia singular á la ironía y á las bromas amargas. En este caso no reconoce su identidad con su yo activo: «Esa buena mujer no soy yo — dice — es demasiado estúpida.» Leonia II se apodera de la mano de Leonia I cuando ésta está abstraída, su semblante tranquilo, sus ojos mirando al espacio con cierta fijeza, pero no cataléptica, porque canturreaba por lo bajo un aire rústico; su mano derecha escribía rápidamente, como si dijéramos subrepticiamente. Vuelta en sí le enseñaban lo escrito y nada absolutamente sabía de ello. Cuando Leonia I (el yo en estado de vigilia), se desvanecía, y Leonia II, el segundo yo, aparecía en el estado hipnótico y charlaba con su volubilidad y modo estrepitoso usuales, repentinamente daba muestras de terror, oyendo una voz como si viniera de otra parte de la habitación, que le reñía y le decía: «Basta, basta, estaos quieta, sois una calamidad.» Esta era una tercera personalidad, que se presentaba y tomaba posesión del organismo de la paciente, cuando había sido sumida en un estado de letargo más profundo. Sin vacilar confesó que fué ella quien había pronunciado las palabras oídas por Leonia II, y que lo hizo porque notó que su charla incomodaba al profesor. La voz imaginaria que tanto aterrorizó á Leonia II, porque le pareció sobrenatural, procedía—dice monsieur

Stead—de una capa profunda de la conciencia en el mismo individuo» (1).

Siendo sólo nuestro propósito al presente examinar de un modo superficial el asunto de la múltiple personalidad, en relación con la hipótesis de que H. P. B. pudiera no haber tenido otra ayuda al escribir *Isis* que sus propias varias personalidades, no necesitamos profundizar más en un problema para sondear el cual hay que dirigirse á las autoridades filosóficas y místicas hindas. La teoría antigua es que el CONOCEDOR es capaz de ver y conocer todo, una vez que se le ha desembarazado del último velo de la conciencia física. Y estos conocimientos vienen á nosotros progresivamente á medida que se levantan los velos de la carne. Supongo que á la manera de los oradores públicos más improvisadores, he adquirido, gracias á una larga práctica, el hábito, hasta cierto grado, de una acción mental triple. A veces, al dar en la India conferencias improvisadas en inglés y al ser mis sentencias traducidas una á una, me doy cuenta de que una parte de mi mente sigue al traductor y trata de deducir del aspecto del auditorio, y ayudada á menudo por palabras familiares que oigo, si mis pensamientos son interpretados con exactitud; al mismo tiempo, otra parte de mi mente se ocupa en observar algunos individuos y en hacer comentarios mentales acerca de sus aptitudes ú otras peculiaridades, y algunas veces puedo hasta dirigir observaciones á las personas conocidas que están á mi lado en la tribuna; las dos actividades mentales son distintas é independientes. En el momento en que mi intérprete ha pronunciado su última palabra, reanudo el hilo de mi tésis, y prosigo con otra sentencia. Simultáneamente con el proceso de estas dos funciones, tengo una tercera conciencia, como la de un tercer observador,

---

(1) El Coronel Olcott discute este fenómeno desde el punto de vista de los hipnotizadores científicos, pero seguramente para gran parte de nuestros lectores será familiar el caso de que se trata. Es sencillamente el de la posesión del organismo del sujeto por entidades extrañas al mismo, y en modo alguno «tres personalidades completamente distintas (opuestas) y un solo yo verdadero», lo cual es todavía bastante más complejo que el llamado misterio de la Santísima Trinidad. Este caso, lejos de ser *único*, se ve, por el contrario, con frecuencia en los llamados «mediums parlantes.» Hemos asistido á más de cien sesiones, en las que el principal actor era un «medium parlante» notable, y hemos visto cómo tomaban posesión de su organismo cientos de personalidades distintas. También hemos presenciado vivas discusiones entabladas por conducto del mencionado medium parlante, entre esas entidades, dándose el caso de hablar por turno hasta cuatro personalidades distintas en una sola sesión, expresando cada una de ellas una opinión diferente sobre el mismo tema, y por supuesto, mostrando cada una características propias, diferentes de las de los demás, y variando en cada caso el gesto, los ademanes, el acento, á veces hasta el punto de no parecer la misma voz. Despertado el medium — el cual entraba en estado sonambúlico por sí mismo, pues ninguno de los presentes lo magnetizaba, ni aun siquiera le imponía su voluntad — no tenía la menor conciencia de nada de lo que había hablado, era como si saliese de un sueño profundo sin ensueños. También se dió varias veces el caso de estar discutiendo los asistentes á tales sesiones, en ausencia del medium, temas nuevos que surgían impensadamente de la conversación; suspendida ésta á la llegada del medium, quien, por tanto, no se enteraba de nada de lo

un yo más elevado, que toma nota de las otras dos direcciones de pensamiento, pero sin mezclarse por esto con aquéllas. Esto representa, por supuesto, un grado rudimentario de desarrollo psíquico, cuyos estados superiores están indicados en algunos de los aspectos de las dotes espirituales de H. P. B.; sin embargo, aun esta poca experiencia ayuda á uno á comprender el problema de sus fenómenos mentales: es una señal débil, pero segura, de que el Conocedor puede observar y conocer.

Si yo fuera musulmán, afirmaría probablemente, con el mismo Mahoma, que la escritura del Korán en árabe clásico por un hombre tan desprovisto de educación como él, ha sido el más grande de los milagros psíquicos, una prueba de que su Ego espiritual había roto á través de las trabas de la carne, y sacado directamente conocimientos de su origen celeste. Si H. P. B. hubiera sido una asceta, dueña de su yo físico y de su cerebro despierto, si hubiera podido escribir buen inglés sin haberlo aprendido, y formado y modelado su libro con arreglo á un plan fijo, en lugar de mezclar de cualquier modo los materiales como lo hizo, hubiera podido creer la misma cosa de ella, y atribuir ese libro maravilloso, de interés arrebatador, á su propia individualidad desarrollada. Tal como es, no puedo hacerlo, y debo seguir pasando revista á otras teorías.

## Posesión aparente por entidades extrañas.

Nuestra pregunta siguiente es: ¿Escribió ella *Isis Sin Velo* como un medium espiritual ordinario, esto es, bajo el dominio de espíritus de los muertos? Contesto: seguramente no. Si así fuera, entonces el poder que dominaba su organismo, funcionaba de un modo distinto de cuantos se hallan descritos en los libros, ó de cuantos yo, personalmente, he visto actuar durante los

que ocurriera en su ausencia, y una vez dormido, como de costumbre, las personalidades que se manifestaban, discutían sobre las diferentes opiniones emitidas poco antes. Entre las muchas personalidades que se manifestaban, había una que ejercía de «Director», la cual se decía que era la que dormía y despertaba al medium, y que además parecía velar con el mayor cuidado por el perfecto funcionamiento de su organismo. Este «Director», siempre que lo creía oportuno, interrumpía la discusión y despertaba al medium; en ocasiones también, ya dormido, anunciaba que aquella vez no podía haber «comunicaciones», ni discusiones, y en seguida se despertaba el medium contra todo el deseo de los asistentes. En cuanto á la buena fe del medium, era por completo indiscutible: lo tratamos diaria é íntimamente durante años, y en su naturaleza sencilla, franca y alegre no podía caber un fraude tan colosal, cuyas primeras víctimas hubieran sido sus propios padres. Además, lo inverosímil sería una naturaleza tan prótea para adaptarse á cientos de tipos distintos, y una habilidad é hipocresía tan consumadas que engañasen durante años á todos sus parientes y amigos. Por último, el medium, lejos de percibir un céntimo como tal, ni de obtener utilidad de ninguna clase, se vió más de una vez perjudicado en sus asuntos, á causa de sus ideas espiritistas. ¿Cómo explicarían estos fenómenos los hipnotizadores científicos modernos? *(N. de J. M.)*

muchos años en que me interesé en el estudio de esas ideas. He conocido mediums de todas clases, parlantes, en *trance*, escribientes, productores de fenómenos, médicos, clarividentes y materializadores; los he visto obrar, he asistido á sus sesiones y he observado las señales de sus obsesiones y posesiones. El caso de H. P. B. no se parecía á ninguno de ellos. Casi todo lo que ellos hacían lo podía hacer ella, pero con arreglo á su gusto y voluntad, de día ó de noche, sin formar «círculos», ni escoger asistentes, ni imponer las condiciones usuales. Por otra parte, tuve pruebas oculares de que, por lo menos algunos de los que con nosotros trabajaban, eran hombres vivos, por haberlos visto con sus carnes y huesos en la India, después de haberlos visto en cuerpo astral en América y en Europa. En lugar de decirme que eran espíritus, me han dicho que estaban tan vivos como yo mismo, y que cada uno de ellos tenía peculiaridades y capacidades propias; en una palabra, su individualidad completa. Me han dicho que lo que ellos han alcanzado ya, yo lo adquiriré alguna vez; el cuándo, dependía exclusivamente de mí; añadiéndome que nada absolutamente tenía que esperar del favor, sino que como ellos, debía ganar por mí mismo, por mis propios esfuerzos, cada grado, cada pulgada de progreso.

Uno de los más grandes, el Maestro de los dos Maestros, de quienes el público ha oído algunos hechos, y hasta ha proferido viles injurias contra ellos, me escribió en Junio 22 de 1875: «Es tiempo de que sepáis quién soy. Yo no soy un espíritu desencarnado, hermano, soy un hombre vivo, á quien nuestra Logia ha dotado de poderes que alcanzaréis algún día. No puedo estar con vos de otro modo que en espíritu, porque nos separan en la actualidad miles de millas. ¡Tened paciencia y buen ánimo, incansable obrero de la sagrada Fraternidad! Trabajad y luchad también por vos mismo, pues la propia confianza es el factor más poderoso del éxito. Ayudad á vuestros hermanos necesitados y seréis ayudado en virtud de la siempre infalible Ley de Compensación»: la ley de Karma, en una palabra, la cual me fué enseñada, como el lector ve, desde casi el principio de mis relaciones con H. P. B. y los Maestros.

Y sin embargo, á pesar de lo que acabo de manifestar, se me hizo creer que trabajábamos en colaboración con una entidad desencarnada por lo menos, el alma pura de uno de los más sabios filósofos de los tiempos modernos, uno que fué ornamento de la raza y una gloria para su país. Era un gran platónico, y se me dijo que se hallaba tan absorto en el estudio, que lo embargó en vida, que se había convertido en una entidad sujeta á la Tierra, esto es, que no podía romper las ligaduras que le sujetaban á la tierra, sino que se hallaba rodeado de una biblioteca astral, creación de su propia mente, sumergido en sus reflexiones filosóficas, olvidado del trascurso del tiempo y anhelando encaminar á los hombres hacia las sólidas bases filosóficas de la verdadera religión. Su deseo no le impulsaba á nacer de nuevo entre nosotros, sino que le hacía buscar á aquellos que, como nuestros Maestros y sus agentes, querían trabajar por la propaganda de la verdad y la ruína de

las supersticiones. Se me añadió que era tan puro y desinteresado que todos los Maestros sentían por él un respeto profundo; y estándoles prohibido intervenir en su Karma, tenían que dejarlo que se abriese camino fuera de sus ilusiones (kamalókicas) y pasase á la meta del ser uniforme y de espiritualidad absoluta, con arreglo al orden natural de la evolución. Su mente se había dedicado con tal intensidad á especulaciones puramente intelectuales, que su espiritualidad había sido ahogada temporalmente. Mientras tanto, allí estaba, deseoso y anhelante de trabajar en unión de H. P. B. en la confección del libro, á cuya parte filosófica tanto contribuyó. No se materializó, ni se sentó á nuestro lado, ni consideró á H. P. B. como á un medium; se limitaba á hablar con ella psíquicamente por el momento, dictando original, diciéndole qué referencias debía buscar, contestando á preguntas sobre pormenores, instruyéndome acerca de principios, en una palabra, desempeñando el papel de una tercera persona en nuestra tarea literaria. Una vez me dió su retrato — un rudo boceto con lápices de colores sobre un papel endeble — y algunas veces me dejaba caer una breve nota referente á algún asunto personal, pero desde el principio hasta el fin sus relaciones con nosotros fueron las de un dulce y bondadoso maestro, sumamente instruído, así como las de un amigo de más edad. Nunca indicó lo más insignificante para que se creyese que no era un hombre vivo, y efectivamente, se me dijo que no se daba cuenta de que había muerto y de que se hallaba fuera del cuerpo. Del transcurso del tiempo tenía tan poca idea, que me acuerdo que H. P. B. y yo nos reimos una mañana, á las dos y media de la madrugada, cuando después de una noche de trabajo extraordinario y rudo, mientras que fumábamos un cigarrillo de despedida, preguntó él tranquilamente á H. P. B.: «¿Estáis pronto para comenzar?» ¡bajo la impresión de que estábamos al principio y no al final de la noche! Y también me acuerdo que ella me dijo: «Por Dios, no os riais hondo en vuestro pensamiento, porque el viejo caballero os entenderá con seguridad y se ofenderá.» Esto me dió una idea: ¡El reir superficialmente es risa común, pero reir profundamente es llevar la risa al plano de la percepción psíquica! Así, las emociones pueden, como la belleza, no pasar *algunas veces* más allá de la piel. ¡También los pecados; piénsese en ello!

Excepto el caso de este antiguo filósofo platónico, nunca tuve que ver conscientemente, con ó sin la ayuda de H. P. B., con otra entidad desencarnada, durante el proceso de nuestra obra, á menos que Paracelso pueda ser considerado así, respecto de lo cual, juntamente con los alsacianos, tengo grandes dudas. Me acuerdo que una tarde, cuando vivíamos en West Thirty-fourth Street, habíamos estado hablando acerca de la grandeza de Paracelso y el tratamiento ignominioso que hubo de sufrir durante su vida y después de su muerte aparente. H. P. B. y yo nos hallábamos de pie en el pasillo, entre las habitaciones del frente y las interiores, cuando sus maneras y su voz cambiaron súbitamente, tomó mi mano, como expresando amistad, y me preguntó: «¿Queréis por amigo á Teofrasto, Enrique?» Yo

murmuré una contestación, cuando este extraño modo de ser pasó y H. P. B. volvió á su estado normal, y nos dedicamos á nuestro trabajo. Aquella noche escribió los párrafos que acerca de él se leen ahora en la pág. 500, vol. II de *Isis*. En cuanto á haber él muerto, las probabilidades están siempre en contra de que cualquier Adepto haya realmente muerto cuando lo parezca así á la generalidad de los hombres. Con su conocimiento de la ciencia de la ilusión mayávica, aun en el caso de que su aparente cadáver haya sido colocado en un ataúd y depositado en la tumba, no por esto debe suponerse suficientemente demostrado que hubiese realmente muerto. Abstracción hecha de los accidentes que pueden sobrevenirle, lo mismo que á cualquier hombre, si no está prevenido, el Adepto, por regla general, elige para morir el sitio que quiere, y procede de modo que su cuerpo no deja rastro. Por ejemplo, ¿qué ha sido del altamente dotado, de aquella alma noble que fué Conde de San Germán, el «aventurero» y «espía» de las enciclopedias, que deslumbró las cortes de Europa hace un siglo, que se movía en los círculos más elevados y eruditos, que era admitido á la intimidad de Luis XV, que construyó hospitales, y en esto y otras cosas empleó caritativamente grandes sumas; que jamás tomó nada, ni aun por los más grandes servicios, y se retiró á Holstein, y desapareció tan misteriosamente como había aparecido? (1).

(1) Nadie supo jamás su origen ni su verdadero nombre. La Mariscala de Belle Isle, que le encontró en Alemania, lo indujo á venir á París. Tenía una noble apariencia personal y modales esmerados, una erudición vasta y una memoria maravillosa; hablaba inglés, alemán, español y portugués con toda perfección, y francés con un ligero acento piamontés. . . Durante muchos años ocupó una notable posición social en la corte francesa. . . Tenía la costumbre de decir á los crédulos que había vivido 350 años, y *algunos viejos, que pretendían haberle conocido en su juventud, declararon que durante 60 ó 70 años su apariencia no había cambiado en nada.* Voltaire, á quien Federico el Grande había preguntado algunos particulares sobre este misterioso personaje, contestó «que era un hombre que no moría nunca, y que sabía todas las cosas». Como nadie conocía sus ideas ni el origen de su fortuna, cada uno lo arreglaba á su gusto (al modo que Hodgson, el espía de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas lo hizo respecto de H. P. B., con objeto de explicar su presencia en la India). Se dijo «que él había sido empleado durante la mayor parte de su vida, como espía en las cortes en que residió» (Am. Cyc., ed. 1868, volumen XIV, págs. 266-7). Pero de todos modos, ninguna prueba se ha presentado jamás en apoyo de esta calumnia. La *Encyclopedia Británica* presenta la misma opinión de San Germán, y el *Dictionaire Universel d'Histoire et de Geographie*, haciéndose eco de tales falsedades, dice que «esto explica sus riquezas y el misterio de que se rodeaba.» Si madame de Fadeef — tía de H. P. B. — pudiese ser inducida á traducir y publicar ciertos documentos de su famosa biblioteca, el mundo tendría una idea más aproximada de la verdadera historia de la misión europea pre-revolucionaria de este Adepto oriental que la que hasta ahora ha podido tener.

*(Se continuará.)*



# LOS MAGOS DE LA CIENCIA MODERNA

Si algunos de nuestros antepasados, de entre el vulgo supersticioso de hace cien años, resucitaran repentinamente en nuestro mundo moderno—quizá por algún descuido del ángel que ha de tocar la trompeta de la resurrección, en los ensayos que es de suponer esté haciendo por tomar en serio las profecías de un próximo fin del mundo lanzadas á la publicidad por más de un pseudo sabio, llevando el desasosiego y la preocupación á no pocos de entre el vulgo de los tiempos actuales—, no sería ya sorpresa ni maravilla lo que tan sencillas gentes sentirían en presencia de los para ellos portentos *sobrenaturales* que contemplarían, sino probablemente terror loco. No teniendo conciencia de su muerte y resurrección, creerían, sin duda, que habían sido transportados por arte diabólica á un mundo de genios, ó más bien de brujos, secuaces del temido Satanás, y en el relato que mútuamente se hiciesen de sus impresiones, probablemente abundarían las descripciones de buques inmensos, lujosos como palacios, que vomitando torrentes de humo de sus entrañas infernales, cruzan los mares conducidos por fuerzas invisibles, marchando con rapidez espantosa contra los mismos elementos de los cuales parecen burlarse. Serpientes colosales, enormísimas, con anillos á modo de enormes carros, casi tan grandes como casas, llenos de gente—brujos sin duda—que se deslizan con mugidos y silbidos horripilantes sobre la superficie de la tierra y á veces hasta por el aire, con una velocidad tal que rivaliza con el vuelo de las aves más rápidas. Carruajes lujosos de extraña forma que andan solos como cosas vivas. Aparatos enormes, en cuyas entrañas arde un fuego del infierno, llenos de aparente vida, y que poseen tan tremenda fuerza que mueven moles pesadas como casas y hacen un trabajo que miles de hombres no podrían verificar con sus fuerzas reunidas. Fusiles que matan á una legua de distancia, vomitando más balas en un minuto que los buenos fusiles de chispa en una hora, y cañones desmesurados cuyas balas y bombas, de muchos cientos de libras de peso, llevan la

destrucción y la muerte más allá de donde la vista alcanza. Barcos de guerra, uno solo de los cuales podría vencer y echar á pique todas las escuadras del mundo juntas (por ellos conocidas), sin que quedara rastro alguno, si tal era su propósito. Barcos-peces que navegan por debajo de los mares. Luces deslumbradoras, á semejanza de soles, sin aceite ni mecha, que se encienden y se apagan solas. Brujos que no necesitan montar en escobas ni volar por los aires para hablar rápidamente con sus compañeros, porque sin moverse de donde están pueden comunicar sus pensamientos de uno á otro extremo del mundo y hasta conversar unos con otros á cientos de leguas de distancia como si estuviesen en la misma habitación. Y no continúo enumerando cuáles serían las exclamaciones de aquellos sencillos y supersticiosos abuelos nuestros, por no cansar al lector, limitándome tan sólo á las de más bulto; pero creo que no sería exageración el decir que los más pusilánimes y supersticiosos de entre ellos, llegarían á volverse locos de espanto, al considerarse en semejante mundo de hechiceros, y expuestos á ser arrastrados á los antros infernales por aquellos demonios, á causa de su cualidad de buenos cristianos.

Y sin embargo, lector amigo, todas estas conquistas maravillosas que hemos ligeramente apuntado, y las muchas más de todas las ramas de la Ciencia que he dejado sin mencionar y que te son bien conocidas, que nuestros sencillos antepasados tomarían por artes del mismísimo Satanás y por la menor de las cuales la Santa Inquisición hubiera considerado muy justificado celebrar un solemne auto de fe con sus autores, significan muy poca cosa en comparación de las que se avecinan y que harían prorrumpir en exorcismos y letanías á más de un ignorante cura de aldea.

En su corroboración, he aquí lo que transcribimos de *The Theosophical Review*, de Diciembre último, quien á su vez copia del *The Manchester Guardián*, del 19 de Octubre, el siguiente artículo de Mr. J. B. Atkins:

«Al final de una larga tarde de experimentos dirigidos por los señores Armstrong y Orling, me encuentro por completo imbuído del hecho más común de la vida (pero que siempre estamos expuestos á olvidar) de que sabemos muy poco ó nada. No sabemos nada de las fuerzas llamadas sobrenaturales, y poco, poquísimo, de las que titulamos naturales. Los experimentos á que vienen dedicándose los señores Armstrong y Orling desde hace cinco años, levantan precisamente un poco el velo que cubre las fuerzas desconocidas de la Naturaleza. A

todos nosotros se nos ha hecho creer en el colegio que los alquimistas eran unos necios y que el elixir de vida y la fuente de juventud no han existido nunca. Después de esto aprendimos que Eldorado era una filfa. Quizá el hombre mismo que dirigió los experimentos eléctricos esta tarde, se reserve el derecho de pensar de ese modo todavía, pero por lo menos está convencido de que las locuras de aquellos que buscaban á tientas lo desconocido, no eran tan necias como una vez creyó. Esta tarde he hablado con hombres que desde hace cinco años están manejando fuerzas, cuya existencia misma no era sospechada por nadie hace diez años; y si se pregunta á estos hombres qué es lo que están manejando, le miran á uno á la cara como un chico cogido de sorpresa, y no saben casi qué contestar. Quizá ellos mismos no lo sepan, y, verdaderamente, en algunos casos os contestan que no saben nada. Monsieur Armstrong me dijo hoy que hace algún tiempo, haciendo experimentos en su laboratorio, vió que una de sus lámparas, una lámpara sin hilos conductores, en la que había una extraña mezcla de metales y ácidos, permaneció encendida después de haber interrumpido la corriente, la corriente sin hilos conductores, téngase presente. La lámpara continuó brillando durante días, una pequeña lámpara aislada, sin causa alguna aparente á qué atribuir semejante iluminación; después se apagó; y hasta ahora no ha podido dar otra vez con la extraña mezcla incidental de ingredientes y circunstancias que produjo aquel sorprendente resultado. Basta, por ahora, decir que Mr. Armstrong es uno de aquellos que están haciendo tanteos en el vasto océano de fuerzas que la Naturaleza guarda en su seno, y que sólo serán conocidas bajo la presión ingeniosa é industriosa de las generaciones.

Pero ¿quiénes son Mr. Armstrong y Mr. Orling? Mr. Armstrong es, según creo, mejor conocido como la persona que vendió la patente del fusil Lee-Melford al Ministerio de la Guerra, y Mr. Axel Orling es un joven sueco, muy conocido en su propio país por su genio inventivo, y que ha sido llamado «el Edison de Suecia». Mr. Orling es un hombre joven, reservado, más bien esquivo, pero admirablemente cortés, con esa distracción de maneras del que parece estar generalmente pensando seis pasos más allá del argumento que nominalmente está tratando. Estos hombres llevan una vida extrañamente retirada en la parte más solitaria del ondulado y montuoso Buckinghamshire. Imagíneseles en una casa de campo, rodeados de muchos acres de terreno propio, de típico país inglés, donde tienen no establos, ni colmenas, ni invernaderos, ni corrales, sino modelos de torpedos en estanques de agua, señales de ferrocarriles y estaciones emisoras y receptoras de teléfonos

sin hilos. Los dos son soñadores, y no viven (si se me permite establecer esta distinción para mis lectores, que á mí me parece muy clara) en talleres de electricistas, sino en laboratorios de magos. Ellos no pueden explicar lo que están haciendo con la facilidad que lo hace, en lo que conoce, el electricista ordinario que habla con soltura el idioma técnico de los convencionales libros de texto. Ellos ensayan y ensayan, y algunas veces tropiezan con la verdad por un accidente del cual se hubiera guardado un hombre más profesional. Quizá la descripción más apropiada que se pueda hacer de toda esta vaga experimentación en una ciencia infantil, es el decir que todo el trabajo de los señores Armstrong y Orling es una expansión del sistema de Marconi. Lo hacen todo sin hilos conductores; pero al paso que M. Marconi opera al través del aire, estos inventores lo hacen generalmente por medio del suelo. Creen que han evocado en su ayuda las corrientes eléctricas naturales de la tierra. Envían una corriente á la tierra, y he aquí que llega á otro punto, quizá á dos millas de distancia, sin haberse debilitado en lo más mínimo. Se pensará, por supuesto, que radiará en todas direcciones así que haya entrado en la tierra. Quizá sea así; pero lo cierto es que no pierde nada, sino que de algún modo adquiere fuerza de la tierra. ¿Cómo se verifica esto? Mr. Orling apenas lo sabe. Nadie lo explica. El sistema de transmisión á través de la tierra tiene esta ventaja: que no sufre interrupción. El sistema Marconi obra magníficamente sobre el mar; pero en tierra, así que tropieza con un bosque, apenas si da resultado. Ahora bien, al sistema que he visto hoy, no le importan nada los bosques (de los cuales hay muchos en el país de Mr. Armstrong) y hoy, por primera vez, si no he entendido mal, los asistentes oyeron la inflexión articulada de la voz humana llevada por un teléfono sin hilos á través del suelo. M. Tesla, hace dos años, envió una corriente á través del suelo, sin hilos, bastante fuerte para transmitir mensajes por el alfabeto Morse. Esto lo ví hacer hoy. Entré en una pequeña casa de madera donde había enterrada en el suelo una pica, en cuyo extremo superior había un aparato telefónico. En un campo, á la distancia de 400 yardas, habia otro aparato semejante sin conexión con éste. Oprimí cuatro veces un botón en la casa de madera, mientras que con la otra mano aplicaba á mi oído el receptor. Cuatro golpes, como contestación, sonaron en mi oído. Oprimí el botón siete veces; siete golpes sonaron en mi oído. Esto era el funcionamiento del alfabeto Morse, y M. Tesla había hecho ya otro tanto; pero iba á venir más. Por medio del mismo aparato—el cual, por supuesto, difiere del teléfono ordinario y cuyo modelo es el resultado de acumula-

das experiencias—oí los acentos de una voz humana elevarse desde el suelo á mi oido. El aparato no funcionaba, seguramente, bien: el suelo, por lo pronto, estaba empapado por la lluvia, pero, sin embargo, después de unos murmullos ininteligibles preliminares, llegaron, débiles, pero no obstante, articuladas, las palabras «¿Is-it-all-right? ¿Is-it-all-right?» (¿Está bien? ¿Está bien?)

Ahora piénsese lo que puede significar el desenvolvimiento de esta invención. La transmisión de la voz es vaga é incierta y no puede todavía ser mejorada. Pero los mensajes del alfabeto Morse son llevados por el teléfono sin hilos con aparente facilidad. Supongamos que se usara este sistema en el Sur de Africa. Estaría en manos de batidores y avisadores. Cada avisador enterraría su larga pica en el suelo y esperaria que su receptor fuese afectado por una radiación amiga. Sin la descarada franqueza del heliógrafo se expedirían con la rapidez del rayo por debajo de tierra noticias del enemigo, de columna á columna. En otra generación más, todos poseeremos nuestros reducidos aparatos telefónicos en una pequeña caja, pues ya Mr. Orling tiene el modelo de ellos funcionando. Llevaremos planchitas de acero en nuestras botas, las cuales estarían en relación con las cajas telefónicas por medio de alambres, que á su vez lo estarían con el suelo por medio de las planchitas de acero. Cuando vayamos á hablar con un amigo, permaneceremos, si puedo expresarlo así, donde estamos. El amigo estará también provisto de sus botas aceradas y de su caja, y hablaremos uno con otro á millas de distancia. «Pero—podrá decir alguien—, ¿no se destruirán unas á otras las muchas radiaciones que se estarán cruzando ó bien los mensajes no estarán á disposición de todo el que tenga una caja receptora?» Mr. Armstrong dice que no. Es verdad que en las últimas maniobras navales cada barco podia interceptar el mensaje sin hilos de los demás y podía leerlos, teniendo la clave; y es también verdad que en medio de la niebla uno de nuestros barcos se puso dentro de la esfera de un barco francés y leyó todos sus mensajes; pero todas estas cosas sucedieron con el sistema de Marconi. Ahora bien, Mr. Armstrong dice que tiene otro plan, el cual, á falta de demostración, he de admitir temporalmente, confiando en su palabra. Tiene un plan para variar la entonación ó tono en que se envían sus radiaciones. Hay 40.000 entonaciones ó tonos, y solo los tonos semejantes pueden mútuamente afectarse. Los tonos no semejantes pasan inocentemente uno al lado del otro, sin que mutuamente se aperciban de su respectiva existencia ni impidan el progreso de cada uno. Podría darse el caso, por supuesto, que el que desease leer un mensaje que no le

fuese destinado, diese casualmente con el tono en que era enviado; pero las probabilidades serían una contra 40.000. Sería lo mismo que tratar de abrir una cerradura de letras que solo cedería encontrando la palabra que se ha imaginado para cerrarla entre las miles que pudieran combinarse. Andando el tiempo, tendremos nuestro librito de notas marcado «Tomo núm. 3.512», ó el que fuera, y las personas que quieran hablar con nosotros tendrán que dar tornillo á sus teléfonos sin hilos hasta esa entonación.

El siguiente experimento se refiere al manejo de los torpedos sin hilos conductores. En un estanque flotaba un «Actinaut», como llama Mr. Armstrong á su torpedo dirigible. A cuatrocientas ó quinientas yardas de distancia, uno de los visitantes oprimía botones con arreglo á la dirección en que quería se moviese el timón del torpedo. Cada medio minuto, conforme á lo que habíamos previamente acordado, oprimía un botón. Y seguramente vimos que á cada medio minuto el timón se movía, ya de un modo, ya de otro, al paso que el torpedo yacía reposadamente en el agua sin conexión alguna visible con la tierra. Piénsese ahora también lo que implicaría el desenvolvimiento de este invento. Si se llegase á perfeccionar, todas las grandes y esmeradas fortificaciones, como, por ejemplo las de Malta, quedarían anticuadas en un abrir y cerrar de ojos. Sólo se necesitaría para la defensa unos cuantos hombres hábiles y vigilantes. Dirigirían los torpedos sin hilos contra las flotas invasoras. Nuestros «submarinos» no tendrían tripulación. Serían torpedos

Otra invención de Mr. Armstrong es un cilindro filamentado de cristal que se enciende sin hilos conductores. Y otra variación es una luz fija en una colina á dos millas y media de distancia de la casa y sin conexión con ésta. Oprime un botón en su casa; la lámpara brilla en la colina á dos millas y media de distancia. Vuelve á oprimir el botón, la luz se apaga.

* * *

Pero, ¿no será toda esta maravillosa nueva fuerza sencillamente lo que puede llamarse un poder director, esto es, una fuerza que puede mover una mano, hacer funcionar un teléfono y poner en movimiento una maquinaria que tiene su propia fuerza motriz, pero que no es en sí bastante potente para actuar como fuerza motriz considerable? Francamente, así lo creo yo, limitándome á lo que he visto. No hemos llegado al punto, ni tampoco á verlo satisfactoriamente probable, en que la maquinaria sustancial pueda ser movida á distancia. Un experto

electricista me dice que las circunstancias mismas en que viajan las radiaciones sin hilos, y el medio mismo por el que funcionan, impiden el desarrollo de grandes fuerzas. El funcionamiento de un teléfono, por ejemplo, requiere solo una radiación delicada y apenas perceptible. Y, sin embargo, Mr. Orling me ha dicho que ya tiene esperanzas de conseguir una fuerza motriz considerable sin hilos. Tiene un pequeño y ligero barco aéreo (que no llegué á ver) que ha sido lanzado al aire á una altura de cien pies ó más por medio de radiaciones sin hilos, y este experimento se parece á un principio. Lo que más promete, según todos admiten, es que los experimentos de hoy se verificaron con un voltaje muy bajo, al paso que Mr. Tesla ha hecho los suyos con un voltaje muy alto.

Esta es una ciencia en su primera infancia. Se hicieron hoy experimentos que por lo vagos no eran convincentes. Por mi parte, cuando vi moverse el timón de aquel torpedo de un modo tan extraño, y cuando oí la voz que me hablaba desde el suelo, sentí que descubrimientos como estos no están destinados á gastar sus propias radiaciones dentro de los límites de las cubiertas de un libro de texto moderno. En los oscuros interiores de las pirámides egipcias existen colores que creo no pueden distinguirse unos de otros por medio de ninguna luz artificial conocida. Las diferencias se señalan prontamente á la vista cuando se les expone á la luz del día. ¿Por medio de qué luz los distinguían los constructores de las pirámides? ¿Es que tenían una luz que hoy se desconoce, que era de uso tan común que nadie pensó en describir su composición, como nadie se preocuparía de describir hoy cómo es un libro? ¿Es que el llamado misterio de la «varilla adivinatoria» puede explicarse por las radiaciones eléctricas, extraordinariamente pronunciadas, de alguna gente, influidas por los excelentes poderes conductores del agua? Estas son preguntas vagas; pero todos andamos á tientas en la oscuridad. Termino como principié. Los experimentos que hoy contemplamos quizá sean causa, durante algún tiempo, de que la oscuridad se haga más densa.»

Hasta aquí el artículo altamente sugestivo de Mr. Atkins en *The Manchester Guardián;* pero hay que convenir en que el articulista dejó de exponer algunas otras resultantes prácticas, quizá de más inmediata aplicación que las que él mismo indica.

Detengámonos un momento á considerar esa luz que se enciende y se apaga á dos millas y media de distancia del centro iniciador, sin hilos conductores y con sólo oprimir un botón, como se oprime el de

un timbre eléctrico ordinario, y añádase que este resultado, lo mismo que el de los demás experimentos, se obtiene con un voltaje *muy bajo*.

Que las «radiaciones» que producen estos efectos son esféricas, no cabe dudarlo, pues se trata de ondulaciones ó vibraciones del éter (sin hilos conductores, téngase siempre bien presente). El éter es esencialmente espacio, y el espacio en sí es siempre una esfera en esa ESFERA cuya circunferencia no está en ninguna parte y cuyo centro está en todas partes. Todo movimiento, toda vibración que se produce, constituye el centro matemático de una esfera de ondulaciones etéreas cuyo límite nos es por completo desconocido, pues la ciencia apenas si ha empezado á conocer algunas de las características de ese medio universal, pero que se presupone con alguna lógica que la amplitud de la acción depende de la fuerza que se desarrolle; sin embargo, nosotros nos permitimos creer que en este punto implica más la *clase* de la fuerza que la *cantidad* de fuerza, y que puede haber vibraciones que afecten poco nuestros sentidos físicos y que tengan una acción etérea mucho más importante que otras que percibimos como enormes. Como quiera que sea, el hecho que la más simple lógica demuestra es que toda vibración que se produzca en el éter equivale á imprimir á todas las partículas etéreas de una esfera X la misma clase de vibración, la cual se va debilitando á medida que se aleja de su centro iniciador, según ha demostrado la experiencia, pero cuyo radio de acción se extiende quizá infinitamente más que lo que pudiera cualquiera imaginarse, con arreglo á lo que conoce de los fenómenos apreciables.

Siendo, pues, esféricas esas radiaciones que encendieron una lámpara á dos y media millas de distancia, y suponiendo que ese sea el límite último á que la fuerza de esas radiaciones pudiesen alcanzar para producir tal resultado, tendremos, por lo menos, una esfera de acción práctica de un diámetro de cinco millas, y dando por sentado que se trate de un espacio libre de todo objeto interceptor, resulta que colocando convenientemente un número de aparatos receptores en toda esa esfera, de suerte que ninguno de ellos intercepte las radiaciones destinadas á otro, el número de lámparas que podrían encenderse desde el centro iniciador que vió funcionar Mr. Atkins, es verdaderamente enorme, de muchísimos miles, sin duda alguna.

Nos parece que es forzoso admitir esto, á menos que se suponga que no existen tales «radiaciones»; y que lo que sencillamente sucede es que el terreno en que operan los Sres. Armstrong y Orling tiene la particularidad de poseer vetas conductoras especiales, y que no suce-

deria lo mismo en otros terrenos; pero ésta suposición cae por su base ante el telégrafo sin hilos, que demuestra que existen tales radiaciones motrices, aunque las que provocan los referidos inventores, si bien de igual naturaleza, no sean exactamente de la misma clase que las del sistema Marconi.

Tenemos, pues, aquí un descubrimiento de una aplicación práctica casi inmediata. Todas las luces de una gran ciudad podrían encenderse con unos pocos centros iniciadores, y á tan poca costa, que la luz resultaría, por decirlo así, gratis, no contando el costo de los aparatos en los edificios y calles. La experiencia demostraría bien pronto la manera de establecer los centros iniciadores, su número y la diversidad de vibraciones radiadoras, á fin de orillar la dificultad de hallarse varios receptores de las radiaciones en un mismo radio de percepción, dificultad que en parte sería vencida por diferencias de altura y de sitio de los receptores de los edificios que se hallasen en un mismo radio con relación al centro iniciador.

Estos centros iniciadores podrían funcionar constantemente noche y día, y cada edificio tendría uno ó más aparatos receptores generales, con arreglo al número de lámparas que tuviera y á la potencia de las mismas. Tales aparatos receptores de las radiaciones transmitirían la fuerza luminosa á las lámparas por medio de hilos conductores, en la misma forma que al presente existen para las instalaciones ordinarias de luz eléctrica, lo que permitiría la indispensable comodidad de apagar y encender las luces á voluntad como hoy se hace. Alguien dirá, quizá, que no ve la necesidad de esos receptores generales para transmitir por hilos conductores las radiaciones á las lámparas, por cuanto éstas podían tener cada una su propio aparato receptor. Esto es cierto, pero además de que la multiplicidad de tales receptores aumentaría indudablemente el coste de las instalaciones, se haría más difícil de obviar el inconveniente apuntado antes de que los receptores colocados en el mismo radio se anulasen mútuamente; pero, después de todo, la experiencia indicaría pronto el mejor sistema, y todas las dificultades de los detalles no tardarían en resolverse. Es de suponer, por último, que el planteamiento de un alumbrado semejante requeriría un voltaje mucho más alto que el que emplean para sus experimentos los Sres. Armstrong y Orling; pero esto tampoco implicaría dificultad alguna.

Y como no se necesitarían grandes máquinas, ni carbón, ni hilos conductores, ni casi personal, tampoco habría compañías explotadoras; pero en cambio, es seguro que los Municipios se apresurarían á

monopolizar el invento, con lo cual, no sólo se economizarían el enorme gasto que les representa hoy el ramo de alumbrado, sino que además se crearían una saneadísima renta, cobrando á sus administrados un tanto por luz y por potencia de luz.

Y siguiendo este mismo orden de ideas, ¿no podria obtenerse igualmente, empleando un voltaje suficientemente alto, el calor en los hogares y la calefacción en general? ¿A cuántos inventos de pequeños y ligeros aparatos domésticos, automóviles, no podría dar lugar este nuevo modo de fuerza? Creemos que todo esto se encuentra dentro de los límites ya conocidos de esta fuerza ahora descubierta; lo demás ya vendría más tarde, cuando se fueran conociendo y dominando mejor las llamadas corrientes eléctricas naturales. Pero el dominio de tal fuerza implicaría una revolución tan trascendental en todas las esferas de la vida humana, una modificación social y material tan profunda, las perspectivas que ofrece son tan maravillosas, que bien merece su simple consideración capítulo aparte.

Lo que es un hecho es que la Ciencia marcha á pasos agigantados hacia los dominios del mundo oculto, y que por todas partes se ven señales de que están cercanos los tiempos en que lo que aún se cree necedades ó charlatanería, entre en el campo de las investigaciones y experimentos de la Ciencia oficial. Nosotros somos como magos para la generación de hace un siglo; quizá los del siglo XXI sean magos con relación á nosotros.

JOSÉ MELIÁN.



# EL MÁS ARMONIOSO DE LOS ELEGIACOS

## *La Filosofía del poema* ADONAIS *de Shelley.*

LA elegia *Adonais* tiene pocos rivales. Podría ser colocada entre *Lycidas* é *In Memorian*, aunque es más individual que la primera y menos personal que el lamento de Tennyson.

La mejor definición del poema está encerrada en la cuarta estrofa, cuando Shelley llama á Urania «el más armonioso de los elegiacos», porque *Adonais* es una rapsodia llena de amor y de tristeza, acerba en lo patético, llena de perspectivas infinitas de «la más amplia esperanza.»

Escuchemos los acordes del rápsoda y encontraremos, tal vez, la clave de alguna de sus armoniosas expresiones.

¿Qué secreto poder es ese que puede convertir el lamento en música? Las primeras estrofas dan una idea que será admitida por todos aquellos que hayan participado de las simpáticas vibraciones del gran corazón de la Naturaleza y de los corazones de sus hijos — la unidad de todas las cosas.

El poeta llora por su amigo; el espíritu de la poesía acrecienta su lamento, y canta las creaciones mentales de aquel que veía en la esfera de la Intelectual Belleza y que veía en ella su visión de Verdad, aquellos impalpables y á la vez vitales

*Ministros del pensamiento, alados por la pasión*
*que constituían sus huestes, á quienes cerca de los vivientes sueños*
*de su joven espíritu, sentía, y á quienes enseñó*
*el amor, que era su música.*

Todos éstos, unidos con Natura y el poeta, levantan su lamento sobre el precioso cofrecillo, en el que en un tiempo estuvo contenida la delicada joya del alma de Keats. Recuérdase constantemente que el vehículo físico no es otra cosa que el cofrecillo del alma y en ello descansa el esplendor del apóstrofe «¡Oh muerte, dónde está tu aguijón!», apóstrofe del cual en *Adonais* se hace un exquisito trabajo. Antes de la conclusión del poema siéntese real y positivamente que «La muerte es absorbida por la victoria.»

Todavía es humana la naturaleza del poeta, y el amigo lamenta el «tránsito» del poeta hermano. La idea de la disolución física del cuerpo del amado, no puede menos de apenarle en su agudo estado de tristeza imaginadora. ¡Con qué refinamiento no describe el poeta este primer «horror de la destrucción»!

*Nunca despertará más ¡oh, nunca más!*
*por la penumbrosa cámara extiéndese rápidamente*
*la sombra de la blanca Muerte, y en la puerta*
*la invisible corrupción espera para trazar*
*el postrer camino del lugar de su obscura morada;*
*la eternal Hambre aguarda, pero ni la piedad y el temor*
*dulcifican su lividez y su cólera, ni se atreve á desfigurar*
*tan delicada presa, hasta que la obscuridad y la ley*
*del cambio corran sobre su lecho la mortal cortina.*

Aquí tenemos la ley duple de muerte y resurrección, ó de tiempo y eternidad, el sempiterno océano de donde sale el flujo y reflujo de la

marea — la Fuerza Una, la Vida Una en múltiples manifestaciones.

El poema ha sido bien definido por el profesor Dowden, biógrafo de Shelley, como «un apasionado himno de la inmortalidad de ese espíritu, del cual el hombre procede, en el cual vive y se agita y á cuya bienaventurada vida retorna por último».

Esto — se dirá — es panteismo puro. Mas si el término «panteismo» implica ó presupone la idea de Una Existencia solamente y una Naturaleza-Espiritual, entonces Shelley fué algo más que panteista. Porque continuando leyendo, llegaremos á la escena del panteón de los poetas, cuando éstos reciben al recién llegado como á uno de ellos mismos y felicitándole:

*« Vestido de deslumbrante inmortalidad*
*has llegado á ser uno de nosotros» le dicen;*
*para ti es para quien aquella esfera lejana sin rey, á lo largo*
*oscila ciegamente, en insuperable majestad*
*silenciosa, solitaria, en un Cielo de Sueño.*
*Ocupa tu alado trono, oh estrella de nuestra multitud.*

¿No es esta una exquisita presentación del cielo del poeta? Shelley expresa asimismo, á través del principio del amor, esa calma que reina en el corazón de todas las cosas, que es la más alta idea que puede expresar el poeta. Oigamos cómo describe la concepción del corazón del Universo:

*Esa luz cuya sonrisa dulcifica el Universo,*
*esa* Belleza, *en la cual todas las cosas obran y se agitan,*
*esa* Bendición *que la eclipsante carrera*
*del nacimiento no puede ahogar, ese sostenedor amor*
*que á través de la red de la existencia, ciegamente tejido*
*por el hombre y la bestia y la tierra y el aire y el mar*
*arde brillante ó nebuloso, son espejos*
*del fuego que todos anhelamos.*

Es curioso recordar, al leer esta hermosa apoteosis de la inmortalidad, que Shelley fué tachado de «ateo» mientras vivió, y aun hay todavia quien habla de él (y lo digo por experiencia) como de «un extravagante blasfemo».

En lo anterior hemos encontrado el gran principio teosófico de la Unidad. El alma Una, manifestada en la tierra, en el aire, en el hombre y el mar. Esta idea aparece en todo el poema. Las estaciones simbolizan las emociones en su rítmica oscilación de tristeza y de amor. Así en las primeras borrascosas horas de la apenas nacida Primavera, ésta

es presentada como sintiendo «pena» por Adonais; en los vientos que son una tormenta de penas,

*Arroja encendidos capullos*
*como si fuera el Otoño.*

Y de nuevo, hablando de la bendición universal de la Primavera, dice:

*El leproso cadáver, tocado por este suave espíritu*
*entreábrese en flores de delicado aroma*
*como encarnaciones de estrellas y cuando su esplendor*
*es transformado en fragancia, iluminan la muerte.*

Hay Muerte y Renacimiento. «El leproso cadáver» es transformado en sonriente luz de flores.

Este breve destello de *Adonais* es suficiente para demostrarnos el rico tesoro de enseñanzas y de imaginación que encerró la mente de Shelley, «el poeta de los poetas».

La reencarnación es evidentemente la idea que se oculta bajo las siguientes líneas:

*Lo Uno permanece, lo múltiple cambia y pasa;*
*la luz de los cielos por siempre luce, las sombras de la tierra se desvanecen;*
*la vida, como cúpula de multicolores cristales*
*mancha la blanca brillantez de la eternidad*
*hasta que la Muerte la pisotea en fragmentos.*

A través del poema, encontramos asimismo la personificación de «formas del pensamiento» y de «formas de la emoción» como pudiéramos denominarlas. Hablando de la lamentación por el poeta muerto, entre los que lloran por él, figuran

*los ministros del pensamiento, alados por la pasión,*
*que eran sus huestes.*

Y además

*. . . Deseos y adoraciones,*
*Persuasiones aladas y velados Destinos,*
*Esplendores y Tristezas y vaporosas Encarnaciones*
*de esperanzas y temores, y crepusculares Fantasías.*

Pero no citaremos más. El teosofista que no ha leído la elegía *Adonais* desconoce mucha de la poética belleza de su filosofía que cautiva

por su fascinador misterio, elocuente por su silencio sobre algunas de las más profundas santidades de la vida. No hay en ella algo de carácter universal, no «privilegiado», llave para todas las puertas, sino alusiones en algunas partes, pensamientos místicos en otras; esperanza y no desesperación.

El teosofista y el autor de *Adonais* son semejantes, tanto más, cuanto que su obra es silenciosa y á la vez armoniosa. De los pocos para los muchos:

> Como un poeta oculto
> en la luz del pensamiento,
> cantando himnos espontáneos,
> hasta que el mundo es forjado
> en armonía con esperanzas y temores de los que antes no se cuidaba.

LILY DUDDINGTON.

(De *The Theosophical Review*, Septiembre 1901. — V. D-P.)



# DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(CONTINUACIÓN)

LA escuela mística de Yogis fué establecida por Patanjalî, el fundador de uno de los seis sistemas filosóficos de la India antigua. Se supone que los neoplatónicos de la segunda y tercera Escuelas Alejandrinas fueron secuaces de los Yogis indios, y en especial su teurgia fué llevada de la India por Pitágoras, según la tradición. Existen todavía en la India cientos de Yogis que siguen el sistema de Patanjalî y que aseguran estar en comunión con Brahma. Sin embargo, la mayor parte de ellos son unos vagos, mendicantes de profesión y grandes embaucadores, merced al insaciable deseo de milagros de los indígenas. Los verdaderos Yogis evitan aparecer en público, y pasan su vida recluídos y en estudio, excepto cuando se presentan en las épocas en que son necesarios, como sucedió con Dayanand, para auxiliar á su país. En todo caso, es perfectamente cierto que la India no ha visto nunca un sabio sanskritista más instruído, un metafísico más profundo, un orador más maravilloso, ni un denunciador más osado de todos los males que Dayanand, desde los tiempos de Sankharacharya, el célebre fundador de la filosofía ve-

dantina, que es el más metafísico de todos los sistemas indios: en una palabra, la corona de la enseñanza panteista. Por otra parte, la apariencia personal de Dayanand es sorprendente. Es enormemente alto, de tez pálida, más bien europea que india, sus ojos grandes y brillantes, y largo su pelo canoso. Los Yogis y Dikshatas (iniciados) no se cortan nunca el pelo ni la barba. Su voz es clara y resonante, muy propia para expresar los menores matices del sentimiento profundo, desde el dulce murmullo infantil acariciador, hasta la tonante ira contra las malas obras y falsedades de los sacerdotes. Todo esto considerado en conjunto, produce un efecto indescriptible en el impresionable hindo. Donde quiera que Dayanand se presenta, las multitudes se postran en el polvo sobre sus huellas; pero distinguiéndose en esto de Babu Keshub Chunder Sen, no les enseña una nueva religión, no inventa dogmas nuevos. Solo les pide que vuelvan á sus medio olvidados estudios sanskritos, y que, comparando las doctrinas de sus antepasados con lo que aquéllas han llegado á ser en manos de los brahmanes, vuelvan á las puras concepciones de la Deidad enseñadas por los primitivos Rishis—Agni, Vâyu, Aditya y Anghira—, los patriarcas, que fueron los primeros en dar los *Vedas* á la humanidad. No pretende siquiera que los *Vedas* sean una revelación del cielo, sino simplemente enseña que «cada palabra de estas escrituras pertenece á la inspiración más elevada que sea dable al hombre de la tierra, una inspiración que está repetida en la historia de la humanidad, y que, cuando es necesario, puede presentarse en cualquier nación...»

Durante sus cinco años de labor, Swami Dayanand hizo unos dos millones de prosélitos, principalmente entre las castas elevadas. A juzgar por las apariencias, todos están prontos á sacrificar por él sus vidas y almas y hasta sus bienes terrenales, que muchas veces les son más preciosos que sus vidas. Pero Dayanand es un verdadero Yogi, nunca toca dinero y desprecia los asuntos pecuniarios. Se contenta con unos puñados de arroz al día. Uno se siente inclinado á creer que este hindo maravilloso lleva una vida encantada, en vista de su despreocupación ante las peores pasiones humanas que despierta y que tan peligrosas son en la India. Una estatua de mármol no permanecería menos insensible que él ante la furia de las muchedumbres. Una vez tuvimos ocasión de verle en ejercicio. Despidió á todos sus fieles partidarios, prohibiéndoles que velasen por él y que le defendiesen, y se encontró solo frente á la multitud furiosa, mirando tranquilo al mónstruo dispuesto á lanzarse sobre él y hacerle pedazos.

—

Sobre este punto es indispensable una breve explicación. Hace unos pocos años se formó en Nueva York una sociedad de personas instruídas y enérgicas. Cierto sabio, de agudo ingenio, la llamó *La Societé des Malcontens du Spiritisme*. Los fundadores de este club eran gentes, que creyendo en los fenómenos del espiritismo del mismo modo que creían en la posibilidad de todos los demás fenómenos de la Naturaleza, negaban, sin embargo, la teoría

de los «espíritus». Consideraban que esa moderna filosofía era una ciencia que se hallaba aún en los primeros grados de desenvolvimiento, ignorando totalmente la naturaleza del hombre psíquico, y negando, como hacen otras muchas ciencias, todo lo que no puede ser explicado con arreglo á sus propias teorías particulares.

Desde los primeros días de la existencia de la Sociedad, la cual se dió á conocer como la Sociedad Teosófica, algunos de los más instruídos americanos se unieron á ella. Sus miembros diferían en muchos puntos, al modo que difieren los individuos de cualquier otra sociedad geográfica ó arqueológica, entablando luchas durante años por las fuentes del Nilo ó por los jeroglíficos de Egipto, aunque los primeros, por ejemplo, estén unánimemente de acuerdo en que mientras haya agua en el Nilo, sus fuentes deben existir en alguna parte. Lo mismo sucede con los fenómenos del espiritismo y magnetismo. Estos fenómenos esperaban todavía á su Champollion, pero la piedra Rosetta no había que buscarla ni en Europa ni en América, sino en los lejanos países donde todavía se cree en la magia, donde los sacerdotes indígenas ejecutan maravillas diarias, y donde el frío materialismo de la ciencia no ha llegado aún; en una palabra, en Oriente.

El Consejo de la Sociedad sabía que los buddhistas lamas, por ejemplo, aunque no creían en Dios y negaban la inmortalidad personal del alma, son, sin embargo, célebres por sus «fenómenos» y que el magnetismo era conocido y practicado diariamente en China, desde tiempo inmemorial, bajo el nombre de «Gina». En la India temen y odian el nombre mismo de los espíritus á quienes los espiritistas tan profundamente veneran; sin embargo, muchos fakires ignorantes pueden ejecutar «milagros», propios para trastornar por completo todas las nociones del hombre científico y para hacer la desesperación de los más famosos prestidigitadores europeos. Muchos individuos de la Sociedad han visitado la India—muchos han nacido allí y han presenciado ellos mismos las «brujerías» de los brahmanes. Los fundadores de la Sociedad, conociendo bien la profunda ignorancia moderna respecto del hombre espiritual, estaban deseosos de que el método de anatomía comparativa de Cuvier adquiriese derechos de ciudadanía entre los metafísicos, y progresase así desde las regiones físicas á las regiones psicológicas, con sus propios fundamentos inductivos y deductivos. «De otro modo—decían—, la psicología no podrá dar un paso adelante, y puede hasta entorpecer cualquier otra rama de la Historia Natural.» No han faltado ejemplos de que la fisiología haya cazado furtivamente en las regiones del conocimiento puramente metafísico y abstracto, fingiendo al mismo tiempo ignorar por completo este último, y tratando de clasificar la psicología entre las ciencias positivas, después de haberla atado primeramente á un Lecho de Procusta donde rehusa entregar sus secretos á sus groseros atormentadores.

En poco tiempo la Sociedad Teosófica contaba sus individuos, no por cientos, sino por miles. Todos los «descontentos» del espiritismo americano —y en aquel tiempo había en América doce millones de espiritistas—en-

traron en la Sociedad. Formáronse ramas colaterales en Londres, Corfu, Australia, España, Cuba, California, etc. En todas partes se hacían experimentos, generalizándose la creencia de que los fenómenos no eran solamente causados por los espíritus.

Con el tiempo se formaron ramas de la Sociedad en la India y en Ceilán. Los miembros buddhistas y brahmanes llegaron á ser más numerosos que los europeos. Formóse una liga y añadióse al nombre de la Sociedad el subtítulo de «La Fraternidad Humana». Después de una correspondencia activa entre la Arya-Samaj, fundada por Swami Dayanand y la Sociedad Teosófica, se acordó la unión de ambas corporaciones. Entonces el Consejo Supremo de la rama de Nueva York decidió enviar una delegación especial á la India con objeto de estudiar sobre el terreno el antiguo lenguaje de los *Vedas* y los manuscritos y maravillas del Yogismo. El 17 de Diciembre de 1878, la delegación, compuesta de dos secretarios y dos miembros del Consejo de la Sociedad Teosófica, salió de Nueva York, deteniéndose un poco tiempo en Londres, y prosiguiendo después á Bombay, donde desembarcó en Febrero de 1879.

Puede fácilmente concebirse que en estas circunstancias los individuos de la delegación podían estudiar mejor el país y hacer investigaciones más provechosas que lo que hubiera podido esperarse en otro caso. Hoy son considerados como hermanos y ayudados por los indígenas de más influencia del país. Cuentan entre los miembros de su Sociedad á pandits de Benares y de Calcuta y á sacerdotes buddhistas de los Vihâras de Ceilán—entre otros al sabio Sumangala, mencionado por Minayeff en la descripción de su visita al Pico de Adán—y á Lamas del Tibet, de Burmah, de Travancore y de otras partes. Los individuos de la delegación son admitidos en santuarios en donde hasta el presente ningún europeo ha puesto el pie. Por consiguiente, pueden tener esperanzas de hacer muchos servicios á la Humanidad y á la Ciencia, á pesar de la mala voluntad que les tienen los representantes de la ciencia positiva.

Tan pronto como desembarcó la delegación, se envió un telegrama á Dayanand, porque todos estaban ansiosos de conocerle personalmente. Contestó manifestando que se veía obligado á ir inmediatamente á Hardwar, en donde iban á reunirse cientos de miles de peregrinos; pero insistió en que no fuéramos, por cuanto era seguro que el cólera haría su aparición entre los devotos. Señaló cierto sitio al pie de los Himalayas, en el Punjab, en donde deberíamos encontrarnos dentro de un mes.

¡Ay! Todo esto se escribió hace algún tiempo. Desde entonces Swami Dayanand ha cambiado por completo de actitud hacia nosotros. Hoy es un enemigo de la Sociedad Teosófica y de sus dos fundadores, el coronel Olcott y la autora de estas cartas. Parece que al entrar en una alianza ofensiva y defensiva con la Sociedad Teosófica, Dayanand tenía esperanzas de que todos sus individuos, cristianos, brahmanes y buddhistas, reconocieran su supremacía y se hiciesen individuos de la Arya-Samaj. Inútil es decir que

esto era imposible. La Sociedad Teosófica se funda en el principio de la no ingerencia en las creencias religiosas de sus individuos. La tolerancia es su base, y su objetivo es puramente filosófico. Esto no convenía á Dayanand. Quería que todos los miembros se convirtieran en sus discípulos, ó de lo contrario fueran expulsados de la Sociedad. Era bien claro que ni el Presidente ni el Consejo admitirían semejante pretensión. Los ingleses y los americanos, tanto cristianos como libre-pensadores, los buddhistas, y especialmente los brahmanes, se rebelaron contra Dayanand, y unánimemente pidieron que se rompiese la alianza.

Sin embargo, todo esto sucedió después. En la época de que hablo éramos amigos y aliados de Swami, y supimos con gran interés que el «mela» de Hardwar que iba á visitar, se verifica cada doce años, y es una especie de feria religiosa que atrae representantes de todas las numerosas sectas de la India. Léense sabias disertaciones por los contrincantes, en defensa de sus respectivas doctrinas, y los debates se verifican en público. Este año la reunión de Hardwar era excepcionalmente numerosa. Sólo los sannyasis—los monjes mendicantes de la India—eran 35.000, y el cólera, previsto por el Swami, se declaró efectivamente.

Como aún no teníamos que acudir á la cita, disponíamos de mucho tiempo, y así procedimos á examinar á Bombay.

La Torre del Silencio, en las alturas del Malabar-Hill, es la última morada de los hijos de Zoroastro. Es, en una palabra, un cementerio parsi. Allí, sus muertos, ricos y pobres, hombres y mujeres, son puestos en fila; y en pocos minutos no queda de ellos más que los esqueletos. Estas torres, donde un silencio absoluto ha reinado durante siglos, causan en el extranjero una impresión de las más deplorables. Esta clase de construcciones son muy comunes donde quiera que los parsis viven y mueren. En Bombay, de seis torres, la más grande fué construída hace 250 años, y la más pequeña hace muy poco tiempo. Con raras excepciones, son de forma redonda ó cuadrada, de veinte á cuarenta pies de altura, sin techo ni puertas, con una sola entrada de hierro hacia el Este, tan pequeña, que se halla por completo cubierta por unos pocos matorrales. El primer cadáver que se lleva á una torre nueva —«dakhma»—debe ser el de un niño inocente de un mobed ó sacerdote. No se permite á nadie, ni siquiera al vigilante principal, aproximarse á menos de una distancia de treinta pasos de estas torres. De entre los seres humanos vivos, solamente los «nassesalares», acarreadores de los muertos, entran y salen en la Torre del Silencio. La vida que estos hombres llevan es del todo miserable. No hay verdugo europeo cuya situación sea peor. Viven por completo apartados del resto del mundo, á cuyos ojos son los seres más abyectos. Estándoles prohibido ir á los mercados, tienen que buscarse el alimento como mejor pueden. Nacen, se casan y mueren, perfectamente extraños al mundo, á excepción de los suyos; pasando por la calle solamente para recoger los muertos y llevarlos á la torre. Hasta el estar cerca de uno de ellos es una degradación. Al entrar en la torre con un cadáver, que se cubre, cualquiera

que haya sido su rango y posición, con viejos harapos blancos, lo desnudan y lo colocan en silencio en una de las tres filas que vamos á describir. Después, siempre con el mismo silencio, salen, cierran la puerta y queman los harapos.

Entre los adoradores del fuego, la muerte se ve despojada de toda su majestad y es solo objeto de repugnancia. Así que parece aproximarse la última hora de una persona, todos abandonan la cámara mortuoria, tanto para evitar obstáculos á la salida del alma del cuerpo, como para no correr el riesgo de que se manchen los vivos con el contacto del muerto. Solo el sacerdote permanece un rato con el moribundo, y después de murmurar en su oído los preceptos del Zend-Avesta, «ashem-vohu' y Yato-Ahuvarie», deja la habitación, quedando aún vivo el paciente. Luego traen un perro, al que hacen mirar fijamente su cara. Esta ceremonia es llamada «sas-did», la «mirada del perro». El perro es el único ser vivo que el «Drux-nassu» --el demonio—teme, y que puede impedir que tome posesión del cuerpo. Debe tenerse mucho cuidado de que la sombra de una persona no se interponga entre el moribundo y el perro, porque, de lo contrario, toda la fuerza de la mirada del perro se perdería y el demonio se aprovecharía de la ocasión. El cuerpo permanece en el punto donde la vida le abandonó, hasta que los nas sesalares aparecen con los brazos ocultos hasta los hombros dentro de sacos viejos para llevárselo. Después de depositarlo en un ataud de hierro—el mismo para todos—, lo llevan al dakhma. Si sucede que alguno de los que han sido llevados allí vuelve en sí, los nassesalares tienen la obligación de matarlo, pues semejante persona, que ha sido manchada por el contacto de los cadáveres en el dakhma, ha perdido por ello todo derecho de volver entre los vivos, porque, al hacerlo, contaminaría á toda la comunidad. Como han ocurrido algunos de estos casos, los parsis están tratando de que se acepte una nueva ley, que permita á los miserables excadáveres volver á vivir entre sus amigos, y que obligue á los nassesalares á dejar abierta la única puerta del dakhma, de suerte que puedan encontrar una salida. Es muy curioso lo que se dice de los buitres que devoran sin vacilación los cadáveres, pero que nunca tocan á los que aparentemente están muertos, sino que huyen dando ruidosos graznidos. Después de la última oración á la puerta del dakhma, pronunciada desde lejos por el sacerdote, y repetida en coro por los nassesalares, se verifica de nuevo la ceremonia del perro. En Bombay hay un perro á la entrada de la torre, educado con este objeto. Finalmente, se mete dentro el cadáver y se le coloca en una ú otra de las filas, según su sexo y edad.

Hemos presenciado por dos veces las ceremonias de los moribundos, y una vez las del entierro, si se me permite usar tan incongruente término. En este punto los parsis son mucho más tolerantes que los hindos, que se ofenden con la sola presencia de un europeo en sus ceremonias religiosas. N. Bayranjí, principal funcionario de la torre, nos invitó á presenciar el entierro de una mujer rica. De este modo pudimos ver, á la distancia de unos cuaren-

ta pasos, todo lo que hicieron, sentados tranquilamente en la verandah de nuestro servicial huésped. Mientras que el perro miraba con fijeza la cara de la muerta, nosotros mirábamos con igual intensidad, pero con mucha más repugnancia, la enorme bandada de buitres sobre el dakhma, los cuales entraban en la torre y volvían á salir con trozos de carne humana en los picos. Estas aves, que construyen por miles sus nidos alrededor de la Torre del Silencio, han sido importadas expresamente de Persia. Los buitres indios resultan ser demasiado débiles, y no bastante carniceros para ejecutar el proceso de desnudar los huesos con la rapidez prescrita por Zoroastro. Se nos dijo que toda la operación de dejar los huesos pelados no dura arriba de unos pocos minutos. Así que se concluyó la ceremonia, fuimos conducidos á otro edificio, en donde se hallaba expuesto un modelo del dakhma. Pudimos entonces representarnos fácilmente lo que iba á pasar seguidamente dentro de la torre. En el centro hay un pozo profundo sin agua, cubierto con un enrejado como la boca de un desaguadero. Alrededor de él hay tres anchos círculos con un declive gradual. En cada uno de éstos hay unos receptáculos de forma semejante á ataudes para los cadáveres. Hay trescientos sesenta y cinco de ellos. La primera, y más pequeña fila, es para los niños; la segunda, para las mujeres; y la tercera, para los hombres. Este triple círculo es simbólico de las tres virtudes cardinales zoroastrianas—pensamientos puros, buenas palabras y buenas obras. Gracias á los buitres, los huesos quedan mondados en menos de una hora, y en dos ó tres semanas el sol tropical tuesta los huesos, reduciéndolos á un punto tal de fragilidad que el menor soplo de viento es bastante para reducirlos á polvo y precipitarlos al pozo. No queda ningún olor, ni gérmen alguno de pestes y epidemias. No sé si este medio no será preferible á la cremación, que deja en el aire alrededor del Ghât un olor ligero, pero desagradable. El Ghât es un sitio al lado del mar ó á orillas de un río, donde los hindos queman á sus muertos. En lugar de alimentar á la antigua deidad eslava, «Madre Húmeda Tierra», con podredumbre, los parsis dan á Armasti polvo puro. Armasti significa literalmente «vaca nutridora», y Zoroastro enseña que el cultivo de la tierra es la ocupación más noble de todas á los ojos de Dios. De aquí que el culto á la Tierra sea tan sagrado entre los parsis, que toman toda clase de precauciones para no manchar la «vaca nutridora» que les da «cien dorados granos por cada grano». En la época del Monsoon, cuando durante cuatro meses la lluvia cae incesantemente y lava y arrastra al pozo todo cuanto dejan los buitres, el agua absorbida por la tierra se filtra, pues el fondo del pozo, cuyas paredes son de granito, está cubierto á este fin de arena y carbón vegetal.

La vista del Pinjarapâla es menos lúgubre y mucho más divertida. El Pinjarapâla es el hospital de animales decrépitos de Bombay, semejante al cual existe uno en todas las ciudades donde moran los jainas. Es ésta una de las sectas más antiguas, así como también de las más interesantes de la India. Es mucho más antigua que el Buddhismo, que tuvo sus comienzos de 543 á 477 antes de nuestra Era. Los jainas se jactan de que el Buddhis-

mo no es más que una mera heregía del Jainismo, habiendo sido Gautama, el fundador del Buddhismo, discípulo y sectario de un Guru jaina. Las costumbres, ritos y concepciones filosóficas de los jainas, los colocan á mitad del camino entre los brahmanes y los buddhistas. Desde el punto de vista de su organización social, se parecen más á los primeros, pero en religión se inclinan hacia los últimos. Sus divisiones de casta, su total abstinencia de carne y su negativa á rendir culto á las reliquias de los santos, son tan estrictamente observados por ellos como por los brahmanes, pero al igual de los buddhistas, niegan los dioses indios y la autoridad de los *Vedas*, y adoran á los veinticuatro Tirthankaras ó Jinas, los cuales pertenecen á la hueste de los Bienaventurados, y constituyen un culto especial suyo. Sus sacerdotes, lo mismo que los buddhistas, no se casan nunca; viven en vihâras aislados, y eligen sus sucesores entre los individuos de cualquier clase social. Según ellos, el único lenguaje sagrado es el pankrit, y se usa en su literatura sagrada, así como en Ceilán. Los jainas y los buddhistas tienen la misma cronología tradicional. No comen después de puesto el sol, y quitan con todo cuidado el polvo del sitio en que van á sentarse, á fin de no aplastar al insecto más minúsculo. Ambos sistemas, ó más bien, escuelas de filosofía, enseñan la teoría de átomos eternos indestructibles, siguiendo la escuela atómica de Kanada. Aseguran que el universo no tuvo principio ni tendrá fin. «El mundo y todo lo que hay en él es una ilusión, una Mâyâ», dicen los vedantinos, los buddhistas y los jainas; pero al paso que los secuaces de Sankaracharya predican sobre Parabrahm (una divinidad sin voluntad, entendimiento ni acción, porque «es entendimiento, mente y voluntad absolutas») é Ishwara emanando de Él, los jainas y los buddhistas no creen en ningún creador del mundo, sino que enseñan únicamente la existencia de Swabhawati, un principio de la Naturaleza, plástico, infinito, de creación propia. Sin embargo, creen firmemente, como todas las sectas indias, en la transmigración de las almas. Su temor de que por matar un animal ó un insecto pudieran acaso destruir la vida de un antepasado, desarrolla su amor y cuidados por todas las criaturas vivientes hasta un punto increíble. No solamente hay un hospital para los animales enfermos en todas las ciudades y pueblos, sino que sus sacerdotes llevan siempre una especie de bozal de muselina (espero que me perdonen esta expresión poco respetuosa), á fin de no destruir inadvertidamente hasta el animal más minúsculo en el momento de respirar. El mismo temor les hace no beber más que agua filtrada. Hay unos cuantos millones de jainas en Gujerat, Bombay, Konkan y en algunos otros sitios.

*(Se continuará.)*



# BIBLIOGRAFÍA

---

A. Besant. *Evolución de la vida y de la forma.* Traducción de la segunda edición inglesa por D. José Granés.—Barcelona, 1902.

Han sido reunidas en esta obra cuatro conferencias dadas en la India ante un auditorio de personas instruídas en su propia religión, cuyas conferencias son todas ellas fecundas en conceptos metafísicos, siendo su significado y alcance explicados por la autora, de competencia indiscutible en tales conocimientos, la cual es bien reconocida por aquellos quienes la han estudiado, muy particularmente los indos, los cuales poco á poco reconstituyen á su primitivo esplendor de las enseñanzas de lo que fué base de sus remotas pasadas y poco conocidas civilizaciones.

A esta laudable labor contribuye Mrs. Annie Besant con el auxilio de su talento, poniendo los conocimientos arcaicos en parangón con la razón pura, desterrando de ellos lo supersticioso é idólatra de que están revestidos por la mistificadora mano del tiempo y del olvido, dejando el sentido oculto y real en evidencia para ser comparado con las teorías científicas modernas.

Tema y orden de las conferencias: Ciencia antigua y moderna.—La labor de los dioses.—Evolución de la vida.—Evolución de la forma.

La obra ha sido publicada por la casa editorial del Sr. Maynadé (Tapinería, 24, Barcelona). Su precio es el de 2,50 pesetas, encuadernada.

❦

J. Cejador y Frauca. *El lenguaje, sus transformaciones, su extructura, su unidad, su origen, su razón de ser, estudiados por medio de la comparación de las lenguas.*—Salamanca, 1901.

Este es el título de la reciente obra del docto filólogo Sr. Cejador, obra que contiene interesantísimos datos para el estudio de la filología en general y para el de la gramática comparada especialmente. El Sr. Cejador, del que es bien conocida una *Gramática Griega,* según los procedimientos modernos (con razón comparada á la del alemán Curtius), demuestra entre otras cosas en su actual obra sus profundos conocimientos en las lenguas antiguas y sus altas dotes de investigador. Lástima que lo que no vacilamos en calificar de

temor ó de falta de independencia en los juicios le obligue á buscar apoyo en la Escritura y en *Moisés* para algunas de sus conclusiones que le tendrían mucho mayor en los propios datos científicos que el Sr. Cejador maneja familiarmente.

La obra el *Lenguaje* constará de cuatro volúmenes, del que no ha visto la luz pública sino el primero. En éste se estudia la lingüística en general, el neogramaticismo, el origen del lenguaje, la unidad de las lenguas y se procede á la clasificación de éstas. En los restantes volúmenes serán estudiadas la fonología y la lexiología, siempre á la luz del procedimiento comparativo.



L. Bourdeau. *El problema de la muerte. Sus soluciones imaginarias y la ciencia positiva.* Traducción del Sr. Menacho Ulibarri. Madrid, 1902.

Hemos recibido esta obra que acaba de publicar la «Biblioteca Científico-Filosófica». Sus espléndidas condiciones editoriales, su fiel y correcta traducción y lo interesante y transcendental del tema, dicen mucho en pró del autor y traductor de la citada obra y de los editores de la dicha Biblioteca. La obra de Bourdeau es un interesantísimo estudio de distintos problemas metafísicos. El origen de la idea del alma y su supervivencia en una vida futura, es, sin embargo, el punto más detenidamente estudiado. El autor se manifiesta abiertamente positivista, lo que hace que en un asunto como el tratado (en cuyo campo solo la intuición *sabiamente* dirigida puede penetrar) tenga á menudo que luchar con lo contradictorio y lo inexplicable. Sin pretender hacer una crítica de la obra, sino meramente indicar alguna de estas contradiciones á que aludimos, recordaremos aquella afirmación que hace el autor al desarrollar su tesis de la *ley de mortalidad* (la cual nada nos dice, pues no basta asegurar que *se muere* tan naturalmente como *se nace*, sino satisfacer la humana curiosidad en lo tocante á los íntimos problemas que esto encierra). Dicha afirmación, perfectamente cierta, científica... y teosófica, de que *las formas cambian y el fondo permanece el mismo* ó *que la muerte borra, que la vida corrige y que gracias á esta colaboración continua la obra mejora con el tiempo*, es contradictoria con lo sostenido al tratar de la misma ley (pág. 305) cuando se habla de «*vidas perdidas*» y de muertes que conducen *á la nada*, toda vez que en primer lugar (y esto lo afirma el positivismo) nada se pierde en la naturaleza, y en segundo porque, ¿cómo explicar esa *perdurabilidad*, esa *inmutabilidad del fondo* sin admitir algo esencial espiritual y eterno, incompatible con las ideas negativas de «la nada», «el azar» y tantas otras de que se encuentra llena la obra de Bourdeau?

Lo mismo pudiera decirse de otras muchas afirmaciones que tienen su origen en el afán de querer prescindir de toda idea que pueda transcender á lo supernatural. Aplaudimos el intento porque lo supernatural en el con-

cepto vulgar de la palabra no existe, pero condenamos la falta de unidad de las siguientes conclusiones, una de las cuales excluye forzosamente la otra:

«Los seres pasan, sus obras permanecen... Su actividad propia determina series de efectos cuyas consecuencias se extienden lejos y van á perderse á lo infinito... La chispa de vida que la generación actual ha recibido de las generaciones anteriores será transmitida por ella á las generaciones futuras, etcétera.» (pág. 348).

¿No acusa esto la suposición de un cierto orden con el cual, después de todo, no hay otro remedio que transigir, séase materialista ó espiritualista, pues le encontramos rigiendo todos los fenómenos del cosmos? Pues véanse estas afirmaciones de la página 304, en las que todo orden queda negado en absoluto:

«La aparición de los individuos es el resultado de un azar, su existencia se desarrolla al través de una serie de azares y la muerte que la termina no es más que un último azar.»

Independiente de esto, el sincero sentimiento de investigación que se descubre en toda la obra, la cantidad de curiosísimos datos aportados en sus 357 páginas, lo elevado del asunto y el esfuerzo de los editores por popularizar conocimientos filosóficos, muévenos á recomendarla sinceramente á nuestros lectores.

V.



Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid